

Siempre de la mano

Carmen Colorado

© Carmen Colorado, 2024.
© Ana E., por la corrección.
© Maysun Halah Bañón (@maysunhalah), por la portada.

1ª Edición. Junio de 2024
Todos los Derechos Reservados.
Registrado el 22/05/2024 con el número 2405228057498

Todos los derechos reservados. Nada de este libro puede ser
reproducido sin la autorización expresa del autor.
Todos los personajes, situaciones y sucesos
que aparecen en el libro son ficticios.
Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

Twitter e Instagram: @ccoloradowriter

SIEMPRE DE LA MANO

CARMEN COLORADO

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 1

Helena

Mi busca suena provocando que me incorpore agitadamente de la silla de mi despacho. Hace unos minutos, me han llamado avisándome de un accidente de tráfico y de que, una de las conductoras implicadas, venía directamente al hospital. Con este segundo aviso y todo preparado, voy rápidamente hasta la entrada, observando que un par de enfermeras y algún residente esperan para saber si necesito ayuda extra.

La ambulancia llega de inmediato, el auxiliar de turno se baja y me comenta el caso;

—Mujer, 32 años, tiene traumatismos por todo el cuerpo debido al choque frontal con otro coche, aunque no hemos apreciado roturas ni fracturas graves. Tiene varias heridas abiertas por todo el cuerpo y, además, un esguince en la muñeca derecha. Le hemos aplicado hielo para bajar la inflamación.

—Perfecto, yo me encargo. ¿Algún familiar? —pregunto mientras la llevamos a uno de los boxes más cercanos para atenderla.

—Le he preguntado durante el camino, pero insiste en que no tiene a nadie cerca y no quiere preocupar a sus amigos.

—De acuerdo.

Nada más llegar al box, empiezo a explorarla al mismo tiempo que las dos enfermeras que me acompañan comienzan a quitar la ropa de su cuerpo, la poca que se ha salvado porque viene destrozada, y a curarle los golpes y las heridas.

—Soy Helena Santos y me voy a encargar de tu caso. ¿Me puedes decir cómo te llamas? —lo he leído en los informes, pero está despierta y necesito que me conteste para saber si neurológicamente está todo bien.

—Bárbara…

—¿Has perdido la consciencia en algún momento después del accidente?

—No…

—¿Me cuentas que ha ocurrido?

—Recuerdo volver a casa de unas compras y, en un cruce, dos coches no han respetado los semáforos a punto de ponerse en rojo y han seguido adelante. Prácticamente, se me han echado encima.

—A parte del dolor de la muñeca y de las magulladuras por todo el cuerpo, ¿sientes algún dolor fuerte?

—Solamente en la cabeza, me duele mucho.

—Vale, es normal por los golpes que has recibido en el accidente. Aunque te haré una resonancia para descartar algo más grave. Vamos a terminar de curarte las heridas, a vendarte esa muñeca y te vamos a administrar medicamentos para el dolor, ¿de acuerdo? —hablo mirando a las compañeras, que asienten rápidamente y siguen trabajando—. Te quedarás unos días ingresada, Bárbara, no quiero mandarte a casa en este estado, así pues, te observaremos y, a medida que pasen los días, veremos qué hacer, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Bien, voy a pedir esa resonancia para poder hacerla cuanto antes. ¿Alguien a quien pueda llamar? —insisto.

—No, no tengo familia aquí.

—¿Y tu pareja, amigos?

—No, no tengo pareja, y mis mejores amigos están lejos.

—Está bien… Pues te veo luego. Tranquila, ¿de acuerdo? Te pondrás bien antes de que te des cuenta —añado con una sonrisa tranquilizadora antes de marcharme.

Salgo del box algo preocupada. Aunque aparentemente está bien, ha recibido numerosos golpes y, en su lugar, me gustaría estar acompañada. No obstante, no puedo obligarla a llamar a nadie y, mucho menos, entrar en su historial y hacerlo por ella, no estaría haciendo bien mi trabajo. Aunque no me rendiré, volveré a intentarlo más tarde, le quedan varios días aquí y en compañía se harán más llevaderos.

Bárbara

Cuando las enfermeras terminan de curarme las heridas, además de vendarme la mano derecha —cosa que me jode bastante porque necesito mis manos para trabajar—, me llevan a la sala donde me hacen la resonancia. Como ha dicho la doctora, quiere comprobar que todo está bien después de los golpes que he recibido y, por un lado, se lo agradezco. Sé que es un simple dolor de cabeza por lo sucedido, pero me quedo más tranquila con esta prueba.

Me instalan en la habitación minutos después. Me han colocado la típica bata de hospital ya que mi ropa estaba prácticamente deshecha, y me cubren con una manta para que no pase frío.

—Te dejo sola para que descanses —dice la enfermera—. Cualquier cosa que necesites o si empiezas a sentirte mal, pulsas este botón y vendremos enseguida. La doctora pasará en unos minutos para verte.

—De acuerdo, gracias.

Suspiro y me acomodo en ese colchón tanto como puedo. Me duele todo. Apenas puedo moverme, aunque noto como la medicación empieza a hacer efecto poco tiempo después. Me quedo mirando al cielo a través de la ventana hasta que un par de toques en la puerta llaman mi atención. Al girarme, esos ojos de un azul intenso me miran directos.

—¿Cómo te encuentras, Bárbara?

—La medicación está haciendo efecto —digo con media sonrisa—, así que algo mejor.

—Bien, eso es bueno. Me debían un favor y me han dado tus resultados rápidamente —añade mirando todo lo que trae en las manos—. Está todo bien, los golpes que te has llevado han sido muy fuertes y, aun así, solo tienes un esguince y algunas contusiones que se curarán en pocos días… Has tenido mucha suerte.

—Si usted lo cree, será así.

—Te lo aseguro. Llevo algunos años trabajando, me he encargado de muchos pacientes con accidentes similares y, créeme, no tienes nada en comparación con otros.

—Qué suerte entonces —digo con sorna—. Ya solo con tener la mano vendada me dificulta volver al trabajo, así que…

—Bueno, necesitarás unos días de descanso, y esa muñeca necesita unas semanas de reposo —suspiro—. Tranquila mujer, pasarán antes de lo esperado.

Mira y repasa el historial que está a los pies de la cama, lee durante unos minutos y vuelve a mi lado.

—¿Seguro que no quieres que llame a nadie?

—No, no tengo familia, tengo pocos amigos aquí y no son muy íntimos. Solo tengo que hacer

una llamada y es a mi jefe, para decirle que no podré trabajar en unas semanas —añado levantando la mano.

—Bien, te pediría que al menos un mes, para recuperar esa muñeca por completo, pero con el paso de los días veremos.

—Uf, demasiado, pero la necesito al cien por cien, así que me haré caso.

—Confío en ti. Si me haces caso, en poco más de un mes volverás a la normalidad.

—Seré una paciente responsable.

—Así me gusta —dice con una sonrisa—. Bueno, tengo que ver a otros pacientes. Esta tarde, antes de terminar mi turno, me pasaré a verte. Descansa.

—Adiós…

Decido hacerle caso y aprovechar para descansar. Me paso el resto de la tarde a solas en la habitación, aunque de vez en cuando las enfermeras pasan para vigilarme, alguna incluso ni dice nada. Entra, revisa los monitores y se marcha. Después de dormir un poco, llamo a mi editor y le cuento lo ocurrido, no le gusta nada las noticias que tengo, pero por suerte, mis plazos están lejanos y voy bastante avanzada. Todo esto me servirá de vacaciones para aclarar mis ideas y poder pulirlas todas para que, al volver, pueda terminar los libros a tiempo.

Va a ser un mes complicado, no me gusta nada descansar y no poder escribir. Sin embargo, mi cuerpo es lo que más me pide ahora mismo, cerrar los ojos y no pensar en nada más.

Capítulo 2

Barbara

No sé en qué momento de la tarde me he quedado dormida. Me despierto al sentir unas manos sobre mi piel, me hace cosquillas. Al abrir los ojos, me encuentro a la doctora, bastante concentrada he de decir. Está revisando las heridas y el estado de mi muñeca. Cuando toca uno de los apósitos, me quejo, duele un poco.

—Perdona, perdona, no quería hacerte daño y, mucho menos, despertarte.

—No pasa nada, haces tu trabajo.

Intento incorporarme un poco y, tras varios segundos y su ayuda, lo consigo.

—¿Cómo te sientes?

—Como si un camión me hubiera arrollado —bromeo, me mira y sonríe—, pero bien, creo que he dormido unas horas.

La observo mientras termina de revisarme y, es justo en ese momento, cuando reparo que ya no lleva su bata, va vestida de calle.

—Ha terminado su turno, ¿verdad?

—Hace unos minutos —dice contenta.

—¿Y qué hace aquí? Debería irse a descansar.

—Quería echarte un vistazo antes de marcharme. Has sufrido un accidente bastante aparatoso y vas a pasarte la noche sola…

—Puede estar tranquila, no tengo intención de escaparme ni nada por el estilo.

Ríe. Ríe y su risa es la música más bonita que he podido escuchar en mucho tiempo, tanto que me contagia y ambas reímos durante unos segundos.

—No vas a dejar que llame a nadie, ¿verdad? —sonrío y niego.

—Me temo que, hasta que no le cuente la verdad, no va a dejar de insistir —me mira atenta. Inspiro sintiendo como los músculos se resienten por el mínimo esfuerzo y, cuando encuentro las palabras necesarias, las suelto—. No tengo familia, estuve en casas de acogida desde muy pequeña hasta que cumplí los 18. He hecho mi propia vida desde entonces y, a mis 32, aunque mantengo contacto con algunos de ellos esporádicamente, no tengo a nadie más. Rodar de casa en casa y de ciudad en ciudad no ayuda a hacer amigos, los pocos que tengo los he hecho gracias al trabajo, pero viven lejos y no voy a preocuparles. Así que no llamaremos a nadie, no va a pasar nada, me he acostumbrado a estar sola.

—De… De acuerdo, no insistiré.

—Se lo agradezco.

Cuando se marcha pocos minutos después, sé que lo hace preocupada. No se esperaba nada de lo que le he relatado; yo tampoco imaginé contárselo, pero es una mujer insistente y estoy segura de que no iba a parar hasta conseguir su objetivo. Sé que se preocupa como doctora, pero también como persona, algo dentro de mí lo nota. Así que deseo que esta pequeña confesión, aunque inquieta, le haga saber que el estar sola no es algo que me incomode en absoluto.

Helena

Entro en casa totalmente a oscuras. Pipo, mi pequeño *yorkshire*, llega corriendo para recibir su dosis de mimos. Me agacho y lo acaricio.

—Hola pequeñín, ¿me has echado de menos? —ladra al escuchar la pregunta, sonrío y vuelvo a incorporarme.

Enciendo la lámpara del recibidor, dejo el abrigo en el perchero y subo para darme una ducha. Dejo mi ropa en una de las sillas de la habitación mientras el baño se calienta y, en cuanto está listo, entro y disfruto durante un buen rato de la calidez y del bienestar que esa ducha puede darme después de dos días de guardia. Tuve que cambiarle el turno a un compañero por enfermedad y, como no había nadie disponible me ofrecí; aunque me deben esos dos días, los cuales me cobraré más pronto que tarde.

Sin embargo, el cansancio no es suficiente para hacerme caer en la cama. Hay una persona que ronda mi cabeza en las últimas horas: Bárbara. Esa mujer me ha dejado bastante triste tras contarme parte de su vida. Va a pasarse varios días en ese hospital, sola, y, por algún extraño motivo, me hace sentir decaída y, quizás, un poco identificada. Yo me paso muchas horas en ese hospital, con mi propia compañía, tampoco tengo a nadie que me espere en casa. No obstante, en mi caso, es algo que he elegido a lo largo de los años; además, durante el día estoy rodeada de compañeros y mis pacientes.

Mientras preparo mi cena y lleno el cuenco de Pipo, no dejo de darle vueltas al tema. Quizás, pueda hacer algo para que sus días sean más llevaderos.

—Algo se me ocurrirá —me encojo de hombros y me siento en el sofá para disfrutar de manera relajada de mi cena.

Reviso mis redes sociales mientras tanto. Desde hace meses, mis vídeos sobre medicina, así como los consejos que comparto sobre salud, se han viralizado. No es algo que vaya a tomarme muy a pecho. Simplemente, lo hago porque me gusta informar y, quizás, mis recomendaciones ayuden a alguien, pero he decidido subir un par de vídeos al día y, de momento, tienen una gran acogida.

Al terminar de editar y subir uno de ellos, mientras termino de vaciar mi plato, cojo el libro que me estoy leyendo actualmente. Es de mi autora favorita en los últimos años, Becky Loz. Es escritora de romance lésbico. Algunos de sus novelas son eróticos, otros simplemente se centran en la relación y en la vida de las protagonistas. Sin embargo, todos ellas tienen algo que atrapan. Escribe de una manera tan real, tan detallada, que te identificas con sus personajes al mismo tiempo que te metes de lleno en la trama, algo bastante increíble y que, personalmente, me encanta.

El único problema y la pena que me da es que nunca voy a conseguir que me firme uno de sus libros. Hace algunos meses, cuando una de sus publicaciones llegó a lo más alto de las listas, hizo un comunicado en el que confesó que su nombre era un pseudónimo, pues quería mantener su privacidad y que, por tanto, no iba a participar en ferias o firmas. Muchas personas no entendieron su decisión, pero si la tomó tendrá sus motivos. Al menos, es lo que yo pienso.

Me quedo leyendo esas páginas hasta que Pipo salta y se sienta en mis piernas. Es tarde, bastante además, se me han pasado los minutos delante del libro casi sin darme cuenta. Es increíble cómo este pequeñajo es capaz de sacarme de mi ensoñación cuando leo; de no ser por él, más de una noche la pasaría en vela entre estas páginas. Y no sería la primera.

Coloco el marcapáginas, dejo el libro sobre la mesa y me subo a dormir. Pipo, como de costumbre, se tumba en su camita, que puse en mi habitación, al mismo tiempo que me dejo caer sobre la cama. Pongo la alarma y, en cuanto la luz se apaga, mis ojos se cierran.

He sentido el cansancio justo en ese momento y solo deseo poder dormir lo suficiente para entrar con energía por la mañana. Lo necesito.

Capítulo 3

Bárbara

Abro los ojos cuando los primeros rayos del sol empiezan a entrar por la ventana. Soy ese tipo de personas que se levanta al amanecer, aunque hoy no me ha quedado más remedio, pues la claridad me ha dado de lleno. Unas cortinas no vendrían mal.

Suelo sentarme en el patio o en las escaleras de la entrada de mi casa, bien acompañada de un café, mientras el sol se alza en el cielo. Es un momento de paz y sosiego que disfruto cada día antes de empezar con mi jornada de escritura.

Sin embargo y, muy a mi pesar, hoy no podré disfrutarlo tal y como quiero. Con dolor, me incorporo y me siento en la cama. Me cuesta mucho ponerme de pie y mantener la posición, pero me urge ir al baño y no quiero llamar a nadie. Con ayuda del monitor, me muevo lentamente a través de la habitación hasta que sacio mi necesidad. Al volver, me quedo en la ventana, observando cómo el día empieza y cómo, poco a poco, las calles empiezan a llenarse de gente.

—No deberías estar ahí.

La voz de la doctora me saca de mi ensoñación por sorpresa, tanto es así que incluso el monitor pita más rápido. No me la esperaba. Se acerca rápidamente y acaricia mi espalda con una sonrisa hasta que el pulso vuelve a la normalidad.

—Si me da estos sustos tan temprano, me perderá antes de tiempo —bromeo mientras vuelvo y me siento en la cama.

—No me lo perdonaría —añade—, pero sí que debería estar tumbada.

—Lo sé, necesitaba levantarme un poco y estirar las piernas.

—Es complicado estar en esa cama tantas horas y no aburrirse, ¿verdad?

—Así es…

—Espero que no le importe, pero le he traído algo de ropa.

—No me trate de usted, por favor —le pido antes de que siga hablando.

—Solo si tú tampoco lo haces conmigo.

—Trato hecho —añado con una sonrisa.

—Bueno, lo que te decía, te he traído ropa, la tuya quedó destrozada por el accidente y, en algún momento, cuando vuelvas a casa, la necesitarás.

Mi gesto de sorpresa no pasa desapercibido para ella cuando levanta una bolsa, saca un pantalón, una sudadera y unas zapatillas.

—Vaya… es… Gracias —no sé ni qué decir.

—No es nada.

Por unos instantes, su mirada y la mía se encuentran y no se separan. Provoca que mi corazón empiece a latir un poco más rápido de lo normal, además de producir un calor y una tensión que hacía mucho que no sentía. El problema es que ese monitor vuelve a sonar y corta el momento, delatándome. Aunque ella se preocupa, como es normal, y me ausculta para ver si todo va bien.

—¿Has tenido problemas de corazón?

—Eh… no, no.

—¿No tengo de qué preocuparme entonces?

—No.

—Bueno —vuelve a colgarse el estetoscopio en el cuello y saca su larga melena, dejándola

caer por sus hombros; inevitablemente, observo cada paso que da al mismo tiempo que intento templar mis nervios para que la dichosa máquina no vuelva a pitar—. Tengo que ver otros pacientes, vendré luego.

—Aquí estaré —digo sonriente.

—Más te vale —añade directa y con una sonrisa—. Y descansa, por favor.

—No me moveré, lo prometo.

—¿Puedo… puedo traerte algo? Un libro, quizás…

—No es mala idea —hablo sonriente.

—Cuando vuelva, te traigo uno de los que tengo en mi despacho.

—Gracias.

Levanta la mano a modo de despedida y se marcha sonriente. Me acomodo y suspiro cuando estoy a solas. Hay algo en ella que, me llena, me hace sentir bien cada vez que me mira, aunque no entiendo el por qué. A los pocos minutos, la enfermera deja el desayuno y aprovecho para mirar las redes sociales, durante el día de ayer no publiqué nada sobre mis libros. No es que me guste demasiado darle tantas horas al móvil. Aunque, por suerte, esos esfuerzos están siendo recompensados a nivel profesional y no puedo dejarlo. Después de todo, me he acostumbrado a ellas y al modo de funcionamiento que tienen, las estoy aprovechando al cien por cien para mi trabajo.

Al final, me paso la mañana editando algunos post y vídeos. No tengo nada mejor que hacer, así que también empiezo a ver vídeos de otras personas para tomar ideas. No dejo de visualizarlos hasta que su imagen aparece en mi pantalla. Paro y observo la imagen, está claro que es ella, la doctora que me está atendiendo, es bastante popular en redes sociales. Entro en su perfil y compruebo que es una cuenta donde publica *post* sobre salud, aparentemente esos consejos son bastante útiles y todo el *feedback* que recibe es bastante bueno. Es toda una sorpresa que no esperaba. Guardo su perfil, pero no la sigo. Me he dado cuenta de algo mientras lo ojeaba y es mejor que no lo haga por el momento.

A media mañana, cuando el sol está en lo más alto, la doctora vuelve y, esta vez, acompañada de una silla de ruedas.

—Hola —saluda contenta.

—¡Hola!

—¿Cómo te sientes? —se acerca y vuelve a auscultarme.

—Bien, bastante bien. No me he movido en toda la mañana. No es que sea una persona que se mueve mucho, pero, estar todo el día en una cama, me volverá loca —ríe.

—Lo entiendo, por eso mismo traigo eso —señala la silla—. Hace buen día y he pensado que quizás te apetezca tomar el aire.

Abro los ojos sorprendida, de hecho, se me ilumina la mirada con el simple hecho de pensar que puedo salir de esta habitación, aunque sean unos minutos.

—Veo que te gusta la idea.

—No sabes cuando —digo sonriente.

—Vamos entonces.

Me ayuda a levantarme e incluso a sentarme sobre la silla. Saca una fina manta del armario que hay en la habitación, la dobla con cuidado y la pone sobre mis piernas, cubriéndolas para que no pase frío. Coge la sudadera que ha dejado esta mañana sobre el sillón y la coloca en mis rodillas.

Empuja la silla y no para hasta que llegamos a un patio interior. Noto el cambio de

temperatura en cuanto salimos y no puedo evitar cerrar los ojos cuando el sol me da de lleno. Me encanta esta sensación y, es tan consciente de ello, que para en uno de los bancos donde incide el sol, me coloca de lado y ella se sienta, disfrutando también del momento.

—Gracias por esto —hablo sin dejar de mirarla, ella abre los ojos y me observa.

—No es nada.

—No, es mucho.

Sonrío y ella también. Puedo ver como sus mejillas se sonrojan levemente. Hace esto desde el corazón, no simplemente como doctora. Espero poder compensar y agradecerle estos pequeños gestos de algún modo.

Capítulo 4

Helena

Después de unos minutos tomando el sol, cojo la bolsa que está colocada en una de las asas de la silla de ruedas y saco mi almuerzo.

—¿Te importa?

—Para nada. ¿Es tu tiempo de comer? —asiento—. ¿Y por qué lo pierdes aquí conmigo?

—No lo estoy perdiendo. Yo también necesitaba que me diese el aire, no he parado en toda la mañana. Y, para ser sincera, prefiero estar aquí contigo que en la sala de descanso —mi paciente se sorprende y sonríe—. No es que mis compañeros me caigan mal ni nada por el estilo, pero son un poco pesados y necesito tranquilidad en este momento.

Nos miramos y reímos; al mismo tiempo, empiezo a comer la pasta que he preparado en casa.

—Has tenido una mañana complicada, ¿me equivoco?

—¿Cómo lo sabes?

—Estás cansada, apagada. Tu mirada y tu expresión corporal me lo dicen.

—Muy observadora —añado incorporándome un poco—. Sí, ha sido una mañana un poco dura.

—¿Quieres hablarlo?

—No quiero aburrirte con mi trabajo.

—No me aburres, te lo aseguro —dice tranquila, dándome la confianza que necesito y provocando que le cuente lo sucedido.

—Al poco de salir de tu visita, llegó una chica a urgencias de mi edad, 28 años recién cumplidos, con un dolor en el pecho. La estaba revisando cuando se desplomó.

Agacho la vista recordando el momento, no me olvidaré nunca de la mirada de la chica el segundo antes de perder el conocimiento.

—¿Qué le ha pasado?

—Ha sufrido un infarto, fulminante. No me ha dado tiempo a nada…

—Dios mío.

Al estar tan cerca, se incorpora levemente y coloca sus manos sobre las mías, que tiemblan y están a punto de dejar caer la comida. Ella coge lo que tengo en las manos y lo pone justo a mi lado para que no derrame nada.

—Debería estar acostumbrada, quizás no tendría que afectarme tanto pero, era tan joven… Solo tenía 28 años y…

—Te has visto en ella —acierta de lleno—. Creo que nunca nos acostumbramos a algo así —añade serena—. Tu trabajo es muy duro y gratificante al mismo tiempo. Pero, si de algo estoy segura, es de que has hecho todo lo posible por ayudarla hasta que su cuerpo no lo ha soportado.

—Si, eso es cierto.

—Pues eso es lo más importante.

Los siguientes minutos pasan en silencio, algunas lágrimas corren por mis mejillas. Mientras tanto, ella coge mis manos y acaricia el dorso con tranquilidad. Poco a poco, me calmo y, aunque me encantaría pasar más tiempo con ella, debemos volver. Mi momento de descanso ha terminado y tengo que trabajar.

Por algún extraño motivo, me cuesta horrores dejarla sola de nuevo. Sin embargo, antes de

marcharme, recuerdo algo. En otra bolsa traigo una cosa para ella.

—Suelo tener varios libros en mi despacho para soportar las horas de guardias, se hacen más amenas —digo sin dejar de mirar el libro—. Te he traído este porque es uno de mis favoritos y creo que puede gustarte.

Le tiendo el libro y sus ojos se abren con sorpresa. Hay un halo extraño en su mirada, pretendo preguntarle, pero mi busca suena. Me despido rápidamente y me marcho para atender la emergencia.

No paro de trabajar hasta que mi turno termina. Por suerte, no ha surgido ningún imprevisto y puedo irme. No obstante, antes de marcharme, vuelvo a la habitación de Bárbara. Quizás no debería, pero quiero hacerlo.

Cuando entro, la encuentro absorta en el libro. Tiene el pelo húmedo y aún sale vapor del baño. Espero que, al menos, la hayan ayudado. Es pronto para que lo haga sola, cualquier movimiento le provoca mucho dolor.

—Veo que te está gustando mucho —susurro llamando su atención, me mira y sonríe.

—¡Ya estoy aquí! —una de las enfermeras entra con un secador en la mano—. Perdone, doctora, no sabía que estaba aquí.

—Deje, yo me encargo —me ofrezco de inmediato. La mujer me mira sorprendida y con media sonrisa.

—De acuerdo. ¿Necesita algo más, señorita López?

—No, y gracias por ayudarme con la ducha.

—Un placer —dice antes de marcharse y cerrar la puerta.

—Puedo hacerlo yo —habla mirando el secador—. No es necesario que…

—Lo hago con gusto, de verdad.

Se incorpora y se sienta de lado en la cama para facilitarme la labor. Seco su pelo con calma hasta que la humedad desaparece. El olor a frutos rojos invade mis fosas nasales, la suavidad de su pelo me atrapa y lo acaricio durante varios segundos mientras termino de peinarla. Cuando el ruido cesa, vuelve a su posición anterior aún con el libro en las manos.

—He visto que has subrayado algunas frases.

—Sí, me encanta subrayar aquellas que tienen un significado especial o que me llegan a un nivel bastante personal. Releerlas más tarde me hace ser consciente, mucho más, de cada una de ellas.

—Eso es muy bonito.

—Si… Los libros de Becky son extraordinarios, todos y cada uno de ellos —hablo mientras guardo el secador y me siento en el sillón que hay justo al lado de la cama—. Tengo todos los de esta autora. Cada uno de ellos, me ha hecho sentir muy identificada con sus personajes. Las tramas… uf, las tramas son increíbles. No sé, es como si esa mujer me conociera y plasmara mis sueños en sus libros.

—¿Tus sueños?

—Vivir un amor así. Tener a alguien a mi lado a quien cuidar, a quien querer cada día de mi vida, que me respete y me valore… Sé que no todo es tan perfecto como en los libros, pero sí que me encantaría que, en algún momento, llegue esa mujer que lo cambie todo.

—¿Puedo ser sincera contigo?

—Claro.

—Eres una mujer muy profesional, inteligente y bonita, y no me refiero solamente al exterior. De hecho, me extraña saber que estás soltera —la miro directa, sintiendo como mis

mejillas se ponen cada vez más rojas—. Por lo que has dicho, lo he deducido. Esa persona llegará a tu vida antes de lo que crees.

—Ojalá tengas razón. Pero me cuesta mucho creerlo. La última vez, pensé que esa persona era la definitiva, me rompió el corazón. Desde entonces, no he podido confiar en nadie a ese nivel, y he tenido alguna oportunidad…

—Pero el miedo ha podido contigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Digamos que me siento un poco identificada con tu historia. Supongo que, por eso, mismo escribo estos libros, estas tramas. Puedo soñar y vivirlas a través de mis personajes.

Cuando dice estas últimas palabras, mis ojos se abren como platos. ¿He escuchado bien?

Capítulo 5

Bárbara

Su cara de sorpresa al escucharme lo dice todo. De hecho, no puedo evitar sonreír al mirarla. Está petrificada en el sillón, mirándome con los ojos muy abiertos, intentando comprender si lo que he dicho es cierto o no.

—¿Estás bien? —pregunto a punto de echarme a reír.

—Tú… tú eres…

—La misma.

—No puede ser, esto debe ser una broma.

—No, no bromeo en absoluto. Yo soy Becky Loz.

Sonrío, su gesto me incita a ello. Ni siquiera se mueve. Poco a poco, su cara se vuelve de un tono carmesí que provoca mi risa. Se tapa la cara con las manos, avergonzada.

—No me lo puedo creer.

—Espero que puedas guardarme el secreto —digo sin dejar de mirarla—. De hecho, durante las últimas horas he pensado mucho si debía decírtelo o no, pero es que estás diciendo unas cosas tan bonitas que no he podido evitarlo.

—Yo… yo te prometo que no diré nada, te lo aseguro —me mira y sonrío agradecida—. Joder, esto es increíble —en esta ocasión ambas reímos—. Me encantaría poder preguntarte tantas cosas…

—Hazlo, aprovecha.

—¿En serio eres tú? —río por su pregunta, aún no se lo cree.

Cojo mi teléfono móvil, le pido que se acerque y entro en mis redes sociales para demostrárselo. Busco su perfil, ese que encontré por la mañana y le devuelvo el *follow*. A los pocos segundos, una notificación llega a su móvil.

—Dios mío —susurra mirando su teléfono—. Si no estuviese en el hospital, gritaría como una niña —admite entre risas—. ¿Cómo no me has dicho nada esta mañana cuando te di el libro? Ahora entiendo tu mirada…

—Me sorprendiste mucho al decir que era tu favorito… No me lo esperaba. Además, no suelo decirlo, de ahí que utilice un pseudónimo.

—¿Por qué el pseudónimo? ¿Por qué esconderse?

—No me escondo, Helena. ¿Puedo llamarte Helena?

—Claro.

—Solamente quiero mantener mi privacidad. Siempre he sido muy tímida; estar rodeada de tanta gente no es algo que me haga sentir especialmente bien y con la cantidad de personas que me leen, pues prefiero evitar ese tipo de momentos. Soy incapaz de hacer una firma de libros, o una presentación, sería carne de infarto —reímos.

—Entiendo… guau, es que no me lo esperaba —sonrío—. Y yo aquí hablando de tus libros como si nada.

—Me encanta que lo hayas hecho.

—¿Cómo… cómo sabías mi perfil? —pregunta entonces.

—Esta mañana, aproveché algunas horas muertas para editar algunas cosas y uno de tus vídeos apareció promocionado. Por lo que he visto, no te va nada mal tampoco…

—No puedo quejarme, aunque lo hago por diversión, no gano nada haciéndolo. Me gusta mi trabajo y utilizo mis conocimientos para dar consejos y poder ayudar, aunque sea mínimamente.

—Eso es de admirar.

—Exageras…

—No, hablo en serio, te admiro por ello. Haces una grandísima labor en tu jornada, y después sacas tiempo para llegar al resto de la gente a través de las pantallas. Eres una gran profesional y persona, así te veo yo.

Me encojo de hombros mientras la miro. Parece que mis palabras la dejan completamente en blanco, se sonroja y aparta la mirada después de un instante.

—¿Tienes un bolígrafo?

—Sí, creo que sí —busca en su bolso y lo tiende en mi mano a los pocos segundos. Para su sorpresa, abro el libro y empiezo a escribir unas palabras en una de las primeras páginas. Tras unos momentos, cierro con la firma de Becky Loz.

—Es el primer libro que firmo —admito cuando lo dejo en sus manos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí

—Me siento muy afortunada, de verdad. Gracias…

—Gracias a ti.

—¿Puedo darte un abrazo? Sé que no debería pero…

—Dame ese abrazo, anda.

Me incorporo y se acerca rápidamente. No puedo evitar sonreír, su cuerpo tiembla de la emoción. Sin embargo, yo también tiemblo y, no es por la emoción, es por lo que me hace sentir al tenerla cerca. De hecho, se me escapa un pequeño suspiro segundos antes de que se separe.

—Me encantaría poder quedarme y hablar más contigo —dice entonces—, pero tengo unos recados que hacer antes de volver a casa y no quiero que se me haga tarde.

—Márchate tranquila, creo que me quedan un par de días por aquí. Al menos, es lo que me ha dejado caer la doctora esta mañana mientras volvíamos del paseo —ambas sonreímos—. Puedes venir cuando quieras, siempre y cuando no interfiera con tu trabajo, no quiero causarte problemas.

—Tranquila, en ningún momento has sido un problema para mí —suelta.

Su expresión me hace saber que esas últimas palabras eran un simple pensamiento que no quería decir en voz alta. Me mira, se sonroja y coge sus cosas antes de despedirse. Cuando sale por la puerta, apoyo mi espalda con cuidado sobre el colchón y sonrío. Es la primera vez que le digo a alguien quién soy, y, al contrario de lo que imaginé, no me arrepiento. Sé que puedo confiar en ella y que me guardará el secreto.

Durante el resto de la tarde y la noche, no dejo de pensar en Helena, en la conversación que hemos mantenido y en cómo pueden cambiar las cosas a partir de este momento. Por un instante, nos hemos tratado como dos mujeres, sin embargo, seguimos siendo médico y paciente. Es cierto que estoy preocupada por cómo pueda cambiar esa relación a partir de esta revelación y cómo influya en ella. Aunque creo que gracias a su profesionalidad, nada cambiará, y se lo agradeceré enormemente si es así.

Cuando cierro los ojos esa noche, lo hago tranquila, como hace mucho no me sentía. Usar un pseudónimo no es complicado, pero es un peso extra que llevamos sobre los hombros. Soltarlo por primera vez ha hecho que me relaje y me sienta un poco mejor, aunque eso no significa que vaya a gritarlo a los cuatro vientos. Todo seguirá como hasta el momento, y eso nada lo

cambiará.

Capítulo 6

Helena

Cuando suena el despertador, me sobresalto agitada.

—No me jodas.

Desde el primer día en el que Bárbara bajó de esa ambulancia, no he dejado de soñar con ella. Y, en los últimos días, los sueños son demasiado reales. Hoy, incluso me ha dado un poco de coraje que el propio despertador me lo haya cortado, aunque lo pienso y me sonrojo. Porque, en él, me había lanzado y nos estábamos besando.

Ya han pasado varios días y, aunque me alegro de que se encuentre mejor, debo admitir que voy a echarla de menos. Si ha pasado buena noche, le daré el alta y esta tarde podrá irse a casa.

Nada más entrar por la puerta del hospital, me voy directa a mi despacho para cambiarme. Me hago un café rápido en la máquina de cápsulas que me compré hace unos meses y salgo para empezar la ronda. Visito a varios pacientes a lo largo de la mañana y, poco antes de mi momento de descanso, voy a verla. Ya me han dicho que ha pasado buena noche y que ha aguantado con una dosis más leve del medicamento, lo cual es una gran noticia. Desde que vine a verla durante la ronda de ayer, no he vuelto a su habitación como hice en días anteriores, algo me ha frenado y aún no sé por qué.

Cuando entro, esos ojos marrones me miran sonrientes. Bloquea el móvil y lo deja sobre su regazo.

—Buenos días, Bárbara.

—Buenos días, doctora.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto mientras compruebo monitores y niveles.

—La verdad es que bastante mejor.

—Voy a revisarte las heridas, ¿de acuerdo? Si todo está bien, tramito el alta ahora mismo y te dejaré marchar esta tarde.

—Eso sería fantástico.

—Bien, pues vamos a ello.

Saco un par de guantes de mis bolsillos, los coloco y empiezo a revisar las heridas profundas que tenía por todo el cuerpo. Mucho de los cristales eran del coche que se rompieron durante el choque se clavaron en su piel. Poco a poco, reviso cada una de ellas, con calma, y aprovecho para curarlas. Noto su mirada sobre la mía, soy incapaz de devolvérsela, estamos demasiado cerca la una de la otra y bastante nerviosa estoy ya.

—Te miro la que tienes en el pecho y terminamos.

Baja la bata por uno de sus brazos hasta descubrir la herida que tiene en el lado izquierdo del torax. Recuerdo que, al bajar de la ambulancia, traía una blusa con un escote en V y eso provocó que uno de los cristales le cortase justo sobre el pecho.

Quita la tela sin destaparse, pero consigue que me tense, y sé que se ha dado cuenta. Me siento en el hueco que hay junto a ella y la curo con cuidado, es una zona muy sensible y no quiero hacerle daño.

—¿Estás bien?

—¿Eh? —la miro por un segundo—. Sí, sí…

—Pues yo creo que no.

—No… no sé por qué dices eso —termino rápidamente la cura y me aparto.

—Llámalo intuición. Desde que te dije quién soy me evitas, apenas pasas por aquí como hiciste días atrás. Ni siquiera eres capaz de mirarme a los ojos… Y eso significa que hay un motivo.

No digo nada, me quedo quieta a los pies de la cama sin saber qué decir. Necesito verbalizar tantas cosas y al mismo tiempo mi cuerpo me lo impide…

—Está bien, si no quieres decirme el motivo por el cual tu comportamiento ha cambiado en los últimos dos días no pasa nada, no voy a insistir. ¿Vas a darme el alta? —pregunta seria.

—Si, voy a prepararlo todo y esta tarde podrás marcharte.

—Estupendo.

Noto cierto resquemor en su tono, y no me extraña, me estoy comportando como una idiota. Pero es que estoy cagada. No la evito o estoy más apartada por saber quién es, lo hago porque desde que leí la dedicatoria que escribió en el libro, esa admiración que sentía por ella se ha convertido en algo más. Sus palabras me llegaron a lo más profundo del corazón. Y todo ha saltado dentro de mí. Algo me dice que ella también ha sentido esto, pero tengo miedo, miedo de que vuelvan a hacerme daño, a que esa persona desaparezca de mi vida sin motivos, miedo a volver a querer a alguien y que, en cuestión de segundos, me abandone.

Cuando se sienta en la cama, levanto la mirada. Me mira con cierto tono de preocupación, más cuando una lágrima traicionera corre por mi mejilla, pero no le doy opción a decir nada, porque salgo despavorida antes de que pueda hacerlo.

Me paso el resto del turno haciendo mi trabajo, visitando algunos pacientes y rellenando papeleo en mi despacho. Cuando llega el momento, cojo los documentos y voy a la habitación de Bárbara. Ya he mandado a una enfermera para que la ayude a vestirse antes de mi llegada. La puerta está cerrada, como de costumbre, doy un par de toques antes de entrar.

Barbara está de pie, en la ventana, mirando el poco paisaje que hay alrededor del hospital. Está vestida con la ropa que le dejé hace unos días. Le queda realmente bien, está preciosa. Cierro la puerta y doy unos pasos hasta quedarme a un par de metros.

—¿Con ganas de volver a casa? —pregunto con algo de miedo.

—Sí, no te voy a engañar —parece enfadada, pero su tono es calmado.

—Ten, los papeles de tu alta. Y las recetas de los calmantes, he apuntado cómo debes tomarlos.

Me mira, coge los papeles y asiente.

—Gracias.

—Recuerda descansar al menos un par de semanas o tres. Quiero verte la semana que viene, así reviso las heridas. Cúralas todos los días, sé que la enfermera te ha puesto al tanto de cómo hacerlo —asiente sin decir nada.

La tensión empieza a crecer entre esas cuatro paredes. Y yo cada vez estoy más nerviosa, sé que la he cagado y no sé cómo solucionarlo en este momento. Coge su móvil, las pocas pertenencias que recuperaron del accidente y camina hacia la salida. Tiene molestias, lo noto, pero no dice nada. Antes de abrir la puerta, se gira.

—¿Es porque soy Becky Loz? —pregunta triste.

—¿Qué?

—Tu comportamiento cambió cuando lo supiste.

—No, Bárbara, no es…

—Da igual —me corta—. Déjalo, prefiero que no digas nada. No fue buena idea contártelo.

Por eso nunca lo hago —dice sin mirarme, sonriendo a la nada—. La gente cambia conmigo al saberlo, dejan de verme como la persona que soy y solo ven mis personajes. Pero ellos no son reales, yo sí.

La miro y algo se me rompe por dentro. Ahora sí que lo he fastidiado todo. Si tenía alguna posibilidad de arreglar mi comportamiento de estas últimos días y horas, ya se ha esfumado. Me mira, intenta sonreír, aunque lo consigue levemente y se marcha sin decir nada. Quiero salir detrás de ella y contarle lo que siento, pero algo me sigue frenando. Mis pies no contestan y me quedo petrificada mirando la puerta.

Una nueva oportunidad que he tirado a la basura.

Capítulo 7

Bárbara

Ha pasado una semana desde que salí del hospital. Me siento bastante mejor a nivel físico, excepto por mi muñeca, me está dando bastante lata y llevará más tiempo. No la he forzado y, mucho menos, me he puesto a escribir. Necesito que esté al cien por cien o no podré trabajar.

He cogido un taxi, voy de camino al hospital para mi revisión tal y como me comentó Helena la semana pasada. Y, lo cierto es que, a medida que voy llegando, me pongo más nerviosa. No hemos hablado y no por falta de ganas. Más de una vez, he estado a punto de enviarle un mensaje a través de las redes sociales, pero no me he atrevido a raíz de su comportamiento tan extraño durante esos días.

Cuando me siento frente a la consulta esperando a que me llame, recuerdo ese pequeño acercamiento que tuvimos. Detrás de la profesional que tenía delante, hay una mujer increíble. Quise dar el paso y conocerla un poco más, pero no era lo que quería, al menos así lo entendí. Por eso, me eché atrás. No cometeré el error de involucrarme con alguien que no está segura y que sé que, en poco tiempo, me dejará o me rechazará. Me pasó una vez y ni una más.

La puerta se abre minutos después. La imponente mujer que tengo delante vuelve a dejarme helada. Esos ojos azules me miran con ternura y me sonríe antes de darme paso.

—Adelante.

Me levanto y se aparta. Me deja entrar y se queda atrás para cerrar la puerta.

—Siéntate, por favor.

Lo hago sin decir nada más.

—¿Cómo estás, Bárbara?

—Mejor, mucho mejor. La muñeca me está dando un poco de lata, pero supongo que tardará más en recuperarse.

—Si, así es. No habrás vuelto al trabajo, ¿verdad? —pregunta con una mirada directa y con media sonrisa mientras toma asiento.

—No, no —contesto sonriente—, ni siquiera soy capaz de comer en condiciones, como para ponerme a escribir.

—Bueno, así me gusta, que me hayas hecho caso. Voy a revisarte las heridas y esa muñeca.

Me coloco en la camilla y me siento, tal y como me pide. Me quito la camisa que llevo puesta cuando me lo ordena, quedándome en ropa interior. Repasa mis brazos, mi torso y por último el pecho.

—Ha mejorado mucho, estás haciendo muy bien las curas.

—Hago lo que puedo, la verdad, y siempre lo mejor posible.

—Pues vas muy bien, te lo aseguro —sonrío—. Voy a verte la muñeca. ¿Tienes frío? —cuestiona a medida que me quita la venda y nota cómo mi piel se eriza. No es precisamente frío.

—No, estoy bien, puedes seguir.

Durante los siguientes minutos, la observa y toca notando la inflamación. Se separa un poco y vuelve de la mesa con una pomada.

—Quiero que te pongas hielo al menos un par de veces al día —dice mientras masajea la zona, sentir el calor de sus dedos a través de esos guantes está provocando demasiadas cosas en mi cuerpo—. Y te voy a recetar esta misma pomada, te la pones por las noches antes de dormir.

Te ayudará a mejorar con el paso de los días.

—De acuerdo, el hielo sí que me lo pongo por las noches, alivia bastante.

—Pues añade por las mañanas también, será de ayuda.

—Vale.

Sigue masajeando, esta vez en silencio durante varios minutos.

—¿Podrás perdonarme? —la miro al escuchar su pregunta en un susurro—. Me comporté como una idiota la semana pasada. Y no estoy contenta con ello.

—No tengo que perdonarte nada, Helena…

—Sí, sí, porque no lo hice bien contigo. Estaba asustada, cagada.

—¿Por qué? ¿Qué hice para que tu comportamiento cambiase así?

—Nada. Ni siquiera sé por qué me comporté de ese modo. Solo sé que tu dedicatoria hizo que esa admiración que sentía hacia ti se convirtiera en algo más profundo —admite casi sin poder verme—. Estaba tan nerviosa que no podía ni mirarte.

—Me fui muy preocupada pensando que había hecho algo malo.

—No, todo lo contrario. Durante el poco tiempo que estuviste aquí me hiciste sentir muy bien. Y me dio miedo.

—Tengo la sensación que te han hecho demasiado daño.

—Mucho.

Pienso bastante mis siguientes palabras antes de decirlas.

—Sé que no nos conocemos demasiado y que quizás mis palabras no te hagan creer, pero yo, en ningún momento, he pensado en hacerte daño o hacer cualquier cosa que provoque algo malo en ti. Yo también he sufrido mucho, algunas veces por ser demasiado buena y permitir excesivamente. Intento hablar y comunicar todo para arreglar los problemas que puedan surgir, con cualquier persona. Y jamás podría hacer daño a alguien que me importa.

—¿Te importo? —sonrío.

—Más de lo que imaginas. Y me gustaría poder demostrártelo, pero fuera de aquí, creo que ya hemos tenido bastante hospital, ¿no te parece? —nos miramos y reímos.

Sus manos guardan mi muñeca, la sigue acariciando con calma aunque la crema ya se ha absorbido hace mucho.

—Sí, me encantaría poder quedar fuera de estas cuatro paredes. Así podemos hablar con calma.

—Sí…

Me mira con una sonrisa, necesito sentirla un poco más cerca y aprovecho que una de mis manos está sobre las suyas para tirar de ella —con la poca fuerza que tengo y sin hacerme daño — para acercarla y abrazarla. Suspira cuando la rodeo con mis brazos. Sigo sentada y ella está entre mis piernas.

—Gracias —susurra en mi oído, no se separa.

—¿Por qué?

—Cualquier otra persona no me habría dado esta oportunidad después de cómo me comporté.

—Cualquier otra persona habría sido idiota por dejarte escapar —le aseguro.

Se separa y me mira sorprendida. Sonrío, cojo una de sus manos y dejo un beso sobre su dorso.

—Yo no soy cualquier otra persona, y no sé si funcionará, pero al menos quiero intentarlo y luchar por ello. Las relaciones, en la variedad de sus tipos, no son fáciles, pero hay que luchar y esforzarse para mantenerlas y llegar hasta lo que queremos, ¿no te parece? —asiente—. Pues

intentémoslo, juntas y siempre de la mano.

—Siempre de la mano —asegura haciendo el agarre más fuerte.

Cuando terminamos, me ayuda con la camisa, cosa que le agradezco ya que he estado casi quince minutos para abrocharla en casa. Es una situación que nos hace sonreír a ambas, ya que no es precisamente ponérmela lo que queremos las dos. Pero no decimos nada, nuestras miradas hablan por sí solas.

Me da la receta de la pomada y me acompaña a la puerta.

—Tengo guardia esta noche, pero estoy libre el resto del fin de semana. Si te apetece, podemos quedar mañana por la noche, en mi casa, prepararé algo rico.

—¿Vas a cocinarme, doctora? —cuestiono con intención.

—Si, me encanta cocinar y creo que no está mal para una primera cita.

—Me parece un plan perfecto —saco mi teléfono y lo tiendo en sus manos—. Apunta tu número, más tarde te hablo y así me mandas tu dirección.

Lo hace al momento, con una sonrisa y más nerviosa que durante toda la consulta. Es como una niña con un juguete nuevo, y me encanta.

—Hasta mañana, doctora —digo sonriente plantándole un beso en la mejilla.

—Hasta mañana, guapa —responde sonrojándose.

Llegué pensando que no volvería a verla fuera de esta consulta y me voy con un bienestar y una sensación tan bonita que no me lo puedo creer incluso. Una cita, tenemos una cita y en su casa. Creo que es un gran plan para empezar este camino juntas.

Capítulo 8

Helena

Quedan un par de horas para mi primera cita con Bárbara. A medida que las horas pasan, me pongo más nerviosa, aunque estar metida en la cocina me permite controlar esos nervios un poco mejor. Cocinar me relaja bastante y, a medida que dejo todo preparado, me siento más satisfecha.

En la cena, vamos a degustar unas empanadillas caseras rellenas de carne y tomate, acompañadas de una buena ensalada variada y, de plato principal, una dorada al horno en su punto. De postre, he preparado una mousse de chocolate con un toque de naranja. Es mi favorito, mi especialidad. Quiero que todo salga bien, así que he cocinado varios de mis mejores platos hasta el momento. Por supuesto, comenté con ella las ideas que tenía para evitar alimentos, o sabores que pueden no gustarle, aunque, por suerte, suele comer de todo.

Mientras estoy vistiéndome, recibo una llamada de mi hermana Francis. Ella es diez años mayor que yo. Desde que murió nuestra madre, me llama casi a diario o al menos, me deja un mensaje preocupándose por mí, hablamos de nuestro día y nos desahogamos si tenemos algún problema. Vivimos en la misma ciudad pero, con el horario de nuestros respectivos trabajos, es casi imposible vernos. Ella no sale de su consulta en todo el día y yo me paso casi todas las horas del mío en el hospital. Se puede decir que nos gusta nuestro trabajo.

—¿Te pillo bien? —pregunta al ver que coloco el teléfono para poder seguir con lo mío mientras hablo con ella—. Puedo llamar más tarde.

—No, tranquila. Más tarde no podré hablar. Tengo una cita, en menos de media hora llegará a casa y voy un poco retrasada. Se me fue el tiempo volando en la cocina.

—¿Una cita? Esto sí que es una sorpresa —exclama sonriente—. Hace mucho tiempo que no tienes una cita con nadie.

—Ya, lo sé, y, siendo sincera, pensé que jamás volvería a tener ninguna, no después de todo lo que sucedió la última vez.

—Helena, eso pasó hace más de cinco años. Le diste todo a esa chica y te engañó, no te merecía. Ya la has dejado atrás, es el momento de empezar de nuevo. Te mereces ser feliz de una vez por todas.

—Ojalá Bárbara sea esa persona —susurro.

—Cuéntame, ¿dónde os habéis conocido?

—En el hospital.

—¿Es una doctora? —la miro y suspiro, sé que la respuesta no le va a gustar.

—No, es…es una paciente.

—Oh…

—Ya sé lo que piensas, Francis, que no es bueno involucrarnos con pacientes de este modo, lo sé… Pero hay algo especial en ella, en su mirada, en nuestras conversaciones. Quiero seguir conociéndola, quiero intentarlo.

—Vaya, esa mujer te ha calado muy hondo —sonrío.

—Bastante. De hecho, voy a contarte algo de ella, pero necesito que me guardes el secreto.

—Claro.

—¿Recuerdas a Becky Loz? La autora de la que tanto te hablo.

—Pues claro, cómo olvidarme, has hecho que me lea varios de sus libros —reímos, tiene toda

la razón.

—Admite que te gustaron mucho.

—Sí, tienes razón.

—Bien, pues resulta que ella es Becky.

—¿Me estás diciendo que vas a cenar con Becky Loz?

—Si. Le llevé uno de sus libros para que estuviese entretenida mientras estaba ingresada y resulta que no solo se lo había leído, sino que era la autora.

Con el paso de los minutos, le cuento lo avergonzada que me sentí en esos momentos y cómo a partir de ese instante, la conexión con ella dio un paso más.

—Vaya… pues es una bonita casualidad.

—Sí. Prométeme que no dirás nada, ha confiado en mí su secreto.

—Te lo prometo, hermana, sabes que cumplo con mis promesas. Bueno, entonces solo me queda desearte suerte y que vaya todo bien.

—Gracias, Francis.

—Oye, antes de que se me olvide y de que me cuelgues —sonrío, Bárbara tiene que estar a punto de llegar—. Papá me ha llamado hace un rato, quiere que vayamos a comer el domingo. Dice que estamos muy metidas en el trabajo y que, a partir de esta semana, cada domingo, nos quiere con él. Te iba a llamar, pero me he ofrecido y así mataba dos pájaros de un tiro.

—Me parece una gran idea, no sé si podré todos los domingos, dependerá de mi turno, pero este al menos sí.

En ese momento, llaman al timbre, me atuso el pelo un poco y cojo mi móvil.

—¡Voy! —exclamo—. ¿Lo llamas y le confirmas? Bárbara acaba de llegar.

—Claro, ahora mismo.

—¿Hablamos mañana?

—No lo dudes, quiero que me cuentes cómo ha ido esa cita —sonrío y le mando un beso a través de la pantalla antes de despedirnos. Cuelgo rápidamente y voy a la puerta.

Al abrir, mi boca se convierte en una trampa fácil para moscas. Bárbara está esperando con una sonrisa y completamente preciosa. Ha elegido, al igual que yo, un pantalón y una camisa, la cual nos da un toque elegante para la ocasión. Ella, sin embargo, calza unos tacones y yo unos botines, los elegí por comodidad.

—Hola —dice ante mi incapacidad de hablar.

—Hola.

Siento como mis mejillas se vuelven rojas por segundos. Las dos nos quedamos en silencio hasta que Pipo hace de las suyas y ladra justo detrás de mí.

—Pasa por favor. Y, tranquila, es inofensivo, en cuanto te conozca un poco dejará de ladrar.

Me aparto y la dejo pasar. Cierro la puerta y con confianza, cojo la chaqueta que trae colocada sobre sus hombros. Me mira y sonríe por el gesto. Se agacha para acariciar a Pipo y, en pocos segundos, tal y como imaginaba, se lo gana. Desaparece de inmediato y se va al salón, se queda tumbado en su esquina del sofá como de costumbre.

—¿Has tenido problemas para llegar?

—No, ninguno. He venido en taxi. Pretendía coger el coche, pero si llego a hacerlo, cierta doctora quizás me hubiese regañado.

—Te habría regañado, sin el quizás —añado con intención haciéndola reír.

Me sigue hasta la cocina, programo el horno y le ofrezco asiento. Abro la botella de vino que tengo preparada para degustar junto a la cena y le sirvo un poco.

—¿Nerviosa? —pregunta sin dejar de mirarme.

—Un poco, ¿tanto se nota?

—Sí, estás muy callada.

—Si, perdona. Hace mucho que no tengo una cita y no puedo evitarlo.

—¿Cuánto hace de la última?

—Algo más de cinco años —asiente—. ¿Y tú?

—Bueno, no sé si puedo llamarlo cita, pero digamos que, la última vez que cené con alguien con una intención romántica, fue hace unos seis años, algo más. Salió tan mal que no me lo he vuelto a plantear hasta ahora.

—También te hicieron daño —acierto.

—Sí, mucho.

—En mi caso, esa persona me engañó y se marchó. ¿Qué te hicieron a ti?

—Desapareció de un día para otro.

Nos miramos y vemos reflejado en los ojos de la otra que esas acciones están más que superadas, y que si lo hemos comentado es para que quede claro con respecto a ambas. Ninguna de las dos queremos volver atrás y mucho menos vamos a hacernos el daño que nosotras mismas hemos sufrido. No nos lo perdonaríamos.

Capítulo 9

Bárbara

A medida que pasan los minutos, la conversación empieza a fluir rápidamente. Nos quedamos en la propia isla que tiene instalada en la cocina para no hacerla ir y venir con la comida y tener todo a mano. Se sienta a mi lado cuando saca los entrantes, no dejamos de mirarnos y sonreírnos en todo momento. La atmósfera de comodidad que se ha creado entre ambas hace que todo fluya de manera inmediata.

—Dios, qué rica —susurro tras el primer bocado.

—¿Te gusta?

—Me encanta —digo antes de dar otro bocado—. Soy muy comilona, ya te darás cuenta.

—Pues ya somos dos —apunta sonriente—. Me gusta cocinar, pero me encanta comer y probar sabores nuevos.

—Si todo lo que cocinas está así de bueno, no podrás sacarme nunca de tu vida.

—Es bueno saberlo, empezaré conquistándote por el estómago —añade directa.

—Creo que eso ya lo has hecho —respondo humedeciendo mis labios bajo su atenta mirada.

Aparta la suya al mismo tiempo que sonreímos y suelta un suspiro que me hace reír. Decido dar el paso que ella misma está retrasando, por vergüenza quizás. Doy un sorbo al vino, llevo mi mano a su cuello y acorto la distancia hasta que nuestros labios se rozan por primera vez. Es un beso corto y perfecto.

—Nunca te guardes o reprimas un beso —le pido sin separarme—. Nunca te frenes en ese sentido, porque me encanta.

—Nunca más lo haré —susurra antes de besarme de nuevo, uno que se corta por nuestras propias sonrisas.

La cena termina siendo un juego de confidencias, primeros momentos, besos y caricias que no cesan. Al acabar con el postre, me invita a charlar un poco más en el salón de su casa, aunque no salen palabras de nuestros labios. Me siento, ella está justo frente a mí, mirándome con una sonrisa y solo nacen dos palabras de mi interior:

—Ven aquí.

Cojo sus manos y tiro de ella para que se siente sobre mis piernas, lo hace de lado al mismo tiempo que sus brazos rodean mi cuello. Un solo segundo nos basta para unirnos en un sin fin de besos que hacen de la noche un auténtico éxito.

Tras varios minutos en los que nos hemos separado únicamente para coger aire, paramos. Nos quedamos frente a frente, en silencio, mirándonos.

—¿Estás bien? —pregunto mientras acaricio sus piernas con calma.

—Creo que nunca he estado mejor —sonrío—. Quiero seguir adelante, Bárbara, quiero intentarlo contigo.

—Yo también quiero lo mismo, Helena. Sin embargo, no quiero correr, necesito ir paso a paso. A nuestro propio ritmo.

—Eso suena bien.

Antes de que pueda decir nada más, me lanzo a sus labios para volver a saborearlos durante los siguientes minutos. Me abraza al terminar y nos quedamos en esa posición durante un buen rato, charlando, nos sentimos demasiado bien como para separarnos. Aunque muy a mi pesar,

debo marcharme, se hace tarde. Pido un taxi que, en poco más de quince minutos, estará en la puerta.

—El tiempo ha pasado demasiado rápido —se queja.

—Sí, muy rápido. Pero el domingo nos veremos otra vez para ese café.

—Te avisaré cuando termine en casa de mi padre para que no estés esperando demasiado, ¿vale?

—Perfecto.

Alzo la vista y, por primera vez, veo y analizo la estantería de libros que tenemos justo enfrente. Tiene un montón, pero en el segundo estante, tiene las diez obras que he publicado, ordenadas por su fecha de venta.

—Vaya, los tienes todos —digo sonriente.

—Por supuesto, soy tu gran admiradora —añade con gracia.

—No será un problema para ti guardarme ese secreto, ¿verdad?

—No, tranquila. Aunque he de admitir que… —la miro directa, se lo ha contado a alguien— solo se lo he dicho a mi hermana, pero no dirá nada, te lo aseguro.

—Bueno, no pasa nada. Si al final iniciamos una relación, ellos tienen derecho a saberlo. Mientras que no trascienda no pasa nada.

Mi móvil me notifica que en pocos minutos el taxi llegará, así que nos levantamos y emprendemos el camino hasta la calle. Me coloca la chaqueta tal y como la traía al llegar y me acompaña hasta que el taxi llega.

—Por cierto, quiero utilizar tu caso de esguince de muñeca para un vídeo. Así puedo enseñar cómo se recupera, como tratarlo… ¿Te prestarías para hacerlo? No tienes que salir, solamente tu muñeca.

—Claro, no hay problema.

—La semana que viene, en un rato libre o de descanso me gustaría que vinieras a consulta, te reviso y aprovecho para hacerlo.

—Vale, cuando me digas —añado contenta.

A los pocos segundos, el taxi se para frente a nosotras. Nos miramos, cogemos aire y evitamos suspirar. Este momento nos gusta bien poco a las dos, pero es lo que nos toca.

—Gracias por la cena, ha sido una maravillosa primera cita —apunto mientras acaricio su mejilla.

—La primera de muchas, espero…

—Eso ni lo dudes.

En esta ocasión, es ella la que da el paso y me besa, aunque es un beso más corto pues ninguna de las dos, llegado este punto, tenemos autocontrol. No hace falta decirlo, nuestras miradas hablan por sí solas.

—Avísame cuando estés en casa —me pide mientras me monto.

—Lo haré. Hasta el domingo, preciosa.

—Hasta el domingo —se despide.

Le doy mi dirección al taxista y me quedo mirando las luces de la ciudad a través del cristal. Está frío, congelado, pero no me importa. La calidez y el bienestar que me ha dado esta primera cita supera todo el mal que pueda venir. Estoy asustada, no lo voy a negar. Sin embargo, mirarla a los ojos, sentirla cerca y la dulzura de sus besos, hacen que todo ese mal se deshaga de inmediato. Sé que ella no me hará daño, así como yo tampoco se lo haré. Helena tiene un alma buena, pura, y aunque nos queda mucho por delante, confío en ella. Ojalá tenga el mismo

sentimiento hacia mí. Quiero tenerla en mi vida, quiero cuidarla, tener un objetivo común, besarla y abrazarla en cada amanecer y cada noche antes de dormir durante el resto de mi existencia. Voy a hacer lo imposible para que ese sueño que ambas compartimos, tener a la mujer de nuestra vida al lado, amarla y sentirnos amadas, se cumpla.

No me voy a rendir, ninguna lo haremos. Oportunidades como esta en la vida hay pocas, y vamos a aprovecharla. Siempre de la mano.

Capítulo 10

Helena

Mi fin de semana de descanso pasa con rapidez. Durante el sábado, organizo la casa y la dejo bien recogida y limpia para el resto de la semana. Mientras tanto, no he dejado de mensajearme con Bárbara. Cada vez que me llega una notificación al móvil y veo su nombre, mi corazón palpita un poquito más rápido. Y me encanta esa sensación. Tal y como le dije por la noche antes de irme a dormir, estaba deseando volver a verla y compartir de nuevo otro ratito a su lado. Se siente tan bien poder encontrar a alguien que está en tu misma sintonía y empezar a compartir la vida con ella… Creo que oficialmente puedo decir que vuelvo a ser feliz, y esta vez como nunca antes, de eso estoy completamente segura.

El domingo, por el contrario, quedo con mi hermana para desayunar, hacer unas compras e irnos directamente a casa de nuestro padre. Nos encanta pasar tiempo juntas. De pequeñas, por la diferencia de edad era algo más complicado ya que éramos muy diferentes. Pero por suerte, ahora, estamos recuperando todo ese tiempo y aprovechando todo el que nos queda, que es mucho.

Antes de que pueda darle un sorbo al café que el camarero nos acaba de servir, suelta la pregunta.

—¿Y bien? ¿Cómo fue tu cita? —sonrío y me muerdo el labio inferior. Es pensar en Bárbara y se me mueve todo por dentro.

—Increíblemente bien. Es una mujer tan bonita, sincera e inteligente…

—Te estás pillando, hermanita —susurra graciosa.

—Lo sé, no podría no pillarme, te lo aseguro. Hacía mucho que una mujer no me hacía sentir de este modo, y aun así es diferente.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de sentirme feliz, libre y segura a su lado. Por primera vez, siento que puedo ser yo misma, sin miedo a que pueda rechazarme o hacerme sentir mal. Es… —suspiro—. Es realmente bonito.

—Ya quiero conocer a esa mujer.

—¿En serio?

—Helena, te brillan los ojos cuando hablas de ella. Llevas varios días sin parar de sonreír, estás siendo feliz, mucho. Y es gracias a esa mujer, Bárbara. Así que claro que quiero conocerla. Y espero que me la presentes cuando ambas estéis preparadas.

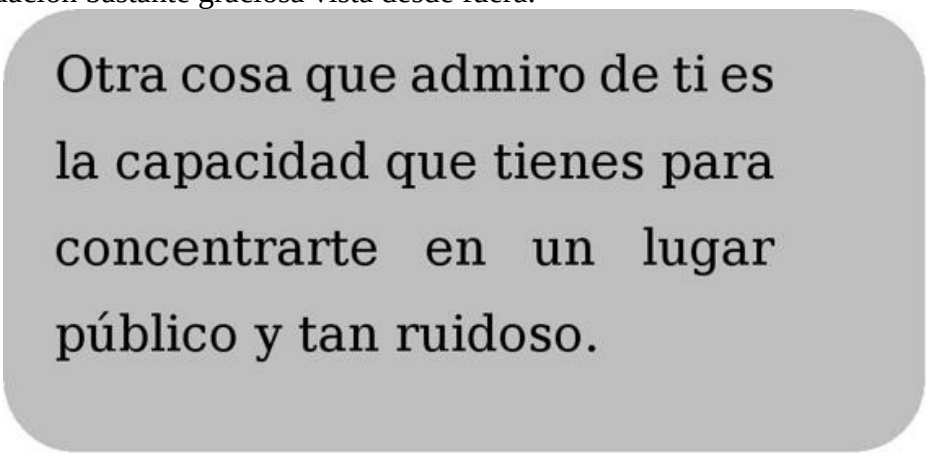
—Gracias por apoyarme en esto, y por todo. Estás muy pendiente de mí y te lo agradezco.

—No me tienes que agradecer nada, soy tu hermana mayor y voy a estar aquí siempre, ya lo sabes —dice tierna mientras guarda una de mis manos con las suyas y me acaricia.

Siempre me he sentido muy protegida con ella. Al llevarnos tantos años de diferencia, Francis ha sido muy consciente, desde pequeña, de mis cuidados y me ha acompañado en cada nuevo paso que he tenido que dar. Hemos sido uña y carne. Es y será mi mejor amiga, mi confidente, mi apoyo diario. Cuando mamá murió hace diez años, ella soportó ese peso de ser la mayor, cuidó de papá y de mí y, aún a día de hoy, lo sigue haciendo. Admiro su capacidad de llegar a todo y soportar ese peso extra. No se lo pedimos, ella misma dio el paso y es lo que más nos enorgullece a mi padre y a mí, aunque ella no lo sabe.

Durante el resto de la mañana, aprovechamos para hacer unas compras en un centro comercial cercano. Para calmar la sed de la caminata que nos hemos dado, entramos a un bar para tomar algo rápido antes de irnos a casa de nuestro padre, y al pasar y dar un vistazo rápido, me llevo una sorpresa. Y es que en la última mesa, la más apartada, está ella, muy concentrada en los papeles que tiene esparcidos delante. Es increíble cómo está enfrascada en eso con el ruido que hay aquí.

Mi hermana me mira intrigada, no sabe qué está pasando por mi cabeza. No quiero acercarme por si acaso es algo importante. Sin embargo, cojo el móvil y le envío un mensaje, es una situación bastante graciosa vista desde fuera.



Tiene el móvil justo al lado. Cuando la notificación llega, frunce el ceño y levanta la vista. Se quita las gafas y mira a su alrededor hasta que se topa con mi mirada. Ríe y niega con la cabeza al mismo tiempo que se acomoda en su asiento.

—¿Me das un segundo? Ahora vuelvo —le pido a mi hermana.

—Claro. ¿Te apetece un vino?

—Sí, por favor.

Llego hasta su mesa en pocos segundos, se levanta y me abraza. Antes de separarnos, deja un tierno beso en la comisura de mis labios.

—¿Qué haces por aquí? —pregunta—. Te hacía en casa de tu padre.

—He pasado la mañana con mi hermana —señalo en su dirección, nos está observando así que levanta la mano en forma de saludo, uno que Bárbara corresponde del mismo modo—. Y hemos parado a tomar algo antes de ir.

—¿Os apetece acompañarme?

—No quiero molestarte ni interrumpir tu trabajo.

—No lo haces, te lo aseguro. Solamente reviso un manuscrito. No puedo escribir por orden de mi doctora —dice con gracia, haciéndome sonreír—. Así que aprovecho para leer y repasar todo lo que ya tengo adelantado. Anda, ve a por ella y me acompañáis, así descanso un poco.

Al momento, vuelvo con mi hermana y hago las presentaciones oportunas. Con una simple mirada, Francis sabía quién era perfectamente, así que no ha hecho falta mucho qué decir. Ha recogido todos los papeles y los ha apartado para dejarnos espacio.

—¿Seguro que no te interrumpimos? —pregunta mi hermana mientras nos sentamos.

—Tranquilas, no pasa nada. Además, es un placer y estoy encantada de conocerte.

—Lo mismo digo. Tenía muchas ganas de que Helena nos presentara —Bárbara me mira y

sonríe.

—Ah, ¿sí?

—Sí, habla mucho de ti. Desde que te conoció, tiene ese brillo especial en los ojos —las miro y me ruborizo, me olvidaba de lo directa que puede llegar a ser mi hermana—. Necesitaba conocer a la persona que está consiguiendo que mi hermana vuelva a ser la de antes. Para mí, es muy importante que sea feliz, y tú lo estás haciendo.

—Francis… —susurro poniéndome cada vez más roja, haciéndolas sonreír.

—Es bueno saberlo. Y, además, es mutuo —dice entonces Bárbara sin dejar de mirarme—. Te lo aseguro. Helena es una mujer maravillosa, ya lo sabe, y me alegro muchísimo de haberla conocido. No quiero que suene mal pero, bendito accidente, de no ser por él no estaríamos aquí.

A partir de ese momento, mi hermana se interesa por ella y, entre las dos, le contamos lo que le ocurrió. Bárbara aprovecha para relatarle la vergüenza que pasé al descubrir quién era y, sin darnos cuenta, todo vuelve a fluir. Aunque el tiempo pasa rápido y no podemos quedarnos demasiado. Cuando llega el momento de la despedida, Francis se adelanta, se despide y nos deja a solas.

—Voy a estar por la zona, iré a comer a un restaurante de aquí al lado para seguir trabajando. Vente al terminar y paseamos por ahí si te apetece.

—Me encanta el plan. Te llamo luego entonces.

—Y no tengas prisa, ¿de acuerdo? Disfruta de ellos, yo estaré aquí igualmente.

—Vale. Me voy, no quiero hacerla esperar más.

—Ve tranquila.

Me acerco y la beso rápidamente antes de marcharme. Cuando llego al lado de mi hermana, ambas nos giramos y nos despedimos con la mano. Enlazo mi brazo al suyo y empezamos a caminar hasta llegar al coche.

—Helena.

—Dime —miro a mi hermana esperando esas palabras que lleva un rato queriendo soltar.

—No la dejes escapar. Y no tengas miedo a perderla, te quiere, eres importante para ella. Luchad por esta relación, va a merecer la pena.

—¿Hablas como hermana o como psicóloga? —pregunto sonriente.

—Siempre es un 50/50, ya lo sabes —responde riendo—, más en estos casos.

Asiento y hago el agarre más fuerte. Ella siempre tiene razón, tiene un ojo clínico realmente preciso. Sé de primera mano la cantidad de veces que ha acertado.

Yo ya estaba segura de luchar por la relación con Bárbara, pero saber que ella lo ve igual que yo me da aún más fuerzas para seguir adelante.

Capítulo 11

Helena

La comida con nuestro padre es fantástica. Es un hombre que siempre ha sido capaz de hacernos sonreír incluso en los peores momentos. Hoy, no hemos podido evitar recordar a mamá. Papá no ha dejado de hablar de ella, muchas anécdotas nos han acompañado durante el almuerzo. En estas ocasiones, su ausencia duele, pero, al menos, sonreímos al recordarla. Siempre nos hará falta.

Son algo más de las cuatro cuando empezamos a recoger la mesa y limpiamos todo lo que hemos ensuciado. Nos ofrecemos Francis y yo rápidamente para que no lo haga él solo.

—Voy a hacer café, chicas, ¿queréis uno?

—Uno con leche para mí, papá —pide mi hermana.

—Yo no quiero, gracias. Es más, si no os importa, voy a marcharme.

—¿Tan pronto, hija?

—Tiene una cita —suelta mi hermana, muy sonriente y cantarina.

—Francis…

—¿Cómo que una cita? —reprendo a mi hermana con la mirada, aún es pronto para hablar de este tema con él, pero no me queda más remedio.

—Si, he conocido a alguien y he quedado con ella ahora.

—Espero que esta no sea como la última impresentable —suelta serio mientras vuelve a vigilar el café.

Sonrío con pena al escucharlo. Sufrí mucho en el pasado, pero él aún más. En ese momento, mi madre ya no estaba y mi padre se vio envuelto en todo este barullo de sentimientos que me hacían daño, sin saber qué hacer. Recuerdo la cantidad de semanas que estuve sin salir, solamente dejaba mi casa para trabajar. Él me visitaba, me hacía de comer, me obligaba a pasear a su lado para despejarme. Fue uno de los puntos claves para poder seguir adelante. Él y mi hermana fueron mis únicos apoyos para superarlo.

—Puedes estar tranquilo, papá —habla entonces Francis, en un tono calmado—. La he conocido esta mañana, de casualidad, y te puedo asegurar que esta mujer no le hará daño.

—Confío en tu palabra hija, y sé que, de no estar segura, no habrías dado ningún paso —dice directo mirándome. Yo asiento sin decir nada—. Aun así, no daré mi brazo a torcer hasta que no la conozca.

Bromea, no le dará el visto bueno hasta verla en persona y hablar con ella. Lo sé, todos aquí lo sabemos. Se asegurará que sus sentimientos por mí son puros y sinceros.

—Aún es pronto para que la conozcas, ¿de acuerdo? —digo mientras me acerco y lo abrazo —. Pero te la presentaré y verás como tenemos razón.

—Ten cuidado, por favor.

—Lo tendré, papá. No tienes de qué preocuparte —dejo un beso en su mejilla, le doy un abrazo fuerte a Francis y me marcho.

Me monto en el coche y le envío un mensaje a Bárbara para saber dónde está. Me manda la ubicación y me pongo en marcha enseguida. Llego al restaurante a los veinte minutos, había un poco de tráfico por la zona y muy poco aparcamiento.

Apenas hay gente en el restaurante al llegar, así que no me es difícil encontrarla. Sigue con

ese montón de papeles, aunque visiblemente parece que ha avanzado.

Nada más pararme frente a la mesa, levanta la cabeza y se quita las gafas. Lo cierto es que está bastante guapa con ellas, le favorecen mucho la mirada. Con un gesto le pido que no se levante, no es necesario, y me siento a su lado. Aunque antes de hacerlo me acerco y la beso.

—¿Cómo ha ido la comida?

—Muy bien, la verdad. Papá no ha parado de contarnos anécdotas de cuando mi madre y él se conocieron. La echa mucho de menos… y yo también… —me quedo ausente por unos segundos hasta que ella coge una de mis manos y la aprieta—. Pero bueno, no quiero ponerme triste. ¿Y tú qué tal? No has parado por lo que veo.

—No, ni un segundo. Mi propio libro me tiene enganchada —bromea haciéndome reír—. Había pensado que quizás te guste leer alguna escena en particular, de las que tengo especialmente duda, así me das tu opinión como lectora.

—¡Me encantaría!

—Y quiero que seas muy sincera, si ves que falta o sobra algo, dímelo. Es momento de corregirla y de añadir o quitar lo que sea necesario.

—Seré lo más sincera posible, prometido.

En ese momento, recoge, guarda todos los papeles y llama a la camarera para pagar la cuenta.

—¿Te apetece dar un paseo antes de ese café?

—Si, por favor.

A los pocos minutos, ambas paseamos por la calle, de la mano y, a cada paso, más juntas la una de la otra. Es un silencio muy cómodo. Sin embargo, la noto bastante pensativa, algo inquieta, y sin poder evitarlo, le pregunto:

—¿Estás bien? —sujeto su mano con más fuerza.

—Si, tranquila. Me duele un poco la cabeza, no es nada.

—¿Desde cuándo te duele? —me paro y mis manos vuelan a sus mejillas, controlando que su temperatura corporal sea correcta. La médico que llevo dentro sale cuando más lo necesito, siempre está en alerta.

—Hace un par de horas, quizás, pero tranquila, estoy bien. No he dormido demasiado bien esta noche, me he quedado en vela hasta la madrugada, y no he parado de trabajar en toda la mañana.

—Debes estar agotada… ¿Por qué no has dicho nada? Podríamos haber dejado el paseo para otro momento.

—Pero yo no quiero dejar el paseo para otro momento —suelta con media sonrisa—. Quiero pasar la tarde contigo.

Y el corazón vuelve a darme un vuelco. Me muerdo el labio inferior, sonrío y me lanzo a sus labios. Depositando un suave beso en ellos.

—Y pasarás la tarde conmigo, aunque cambiaremos el plan para evitar que ese dolor de cabeza vaya a más.

—¿Tienes algo en mente? —asiento rápidamente.

Me giro en busca de esa tienda de dulces tan buenos que abrieron por la zona hace pocas semanas. Decido comprar algo para la merienda y nada más hacerlo, le propongo ir a su casa. De este modo, estará más cómoda y podrá descansar. Y yo me quedo más tranquila, el accidente está reciente y aunque no sea la causa de su dolor de cabeza, aún le queda mucho por recuperar.

Por suerte, el plan de la película y acurrucarnos la una junto a la otra le parece tan maravilloso como a mí. Y es que no se trata del plan, se trata de que vamos a estar juntas y es lo que más

deseamos en este momento.

Capítulo 12

Bárbara

En poco menos de una hora, estamos en mi casa. Estoy tumbada en el sofá, acurrucada bajo la manta, mientras Helena prepara nuestra merienda. Me da bastante apuro que, siendo mi invitada, sea ella la que tenga que hacerlo. Pero es que me ha obligado a descansar, literalmente. Su vena profesional ha aflorado nada más decirle lo mal que me siento y no ha parado hasta que me he tumbado. Y lo cierto es que, esta sensación que recorre cada centímetro de mi cuerpo en este momento, sabiendo que me cuida por encima de todo, me encanta. De hecho, cuando me he tumbado, me ha arropado y me ha dejado una sutil caricia antes de separarse, me he sentido la mujer más afortunada de este mundo. Jamás había experimentado algo igual.

—He preparado un par de descafeinados calentitos, así te asienta el cuerpo. Lo acompañamos con el croissant y puedes tomarte la medicación para aliviar el dolor.

Me incorporo y con un gesto le pido que se siente a mi lado. La manta es bastante grande y la abro para ambas. Sonríe y se acomoda junto a mi cuerpo. Me abraza y me ayuda a entrar en calor y a sentirme un poco mejor. Deja caricias por mis brazos y mi espalda y algunos besos por la cabeza, mejilla y cuello. Cada vez que sus labios rozan mi piel, tiemblo y, en esta ocasión, al tenerla tan cerca, no soy capaz de disimularlo. De hecho, sonríe cada vez que me pasa.

—Gracias por cuidar de mí —susurro—. Creo que nunca antes se habían preocupado tanto por mi persona de este modo.

—Jamás voy a dejar de cuidarte, cariño —dice acomodándose en mi espalda y abrazándome. Apoyo mi cabeza en su hombro y la giro levemente para dejarle un beso en su cuello—. ¿Nos tomamos la merienda antes de que se enfríe?

—Vale, pero no te separes —ruego, esta posición es demasiado cómoda, calentita e íntima para mí en este momento.

Yo misma le paso su café y coloco el plato con los dulces justo a nuestro lado para que también lo alcance. Lo tomamos todo en silencio y, al terminar, vuelvo a acurrucarme en sus brazos. Al hacerlo, sonríe.

—Me encanta que seas tan mimosa —susurra abrazándome y dejando besos en mi cabeza.

—Siempre lo he sido —respondo al mismo tiempo que su olor y su calor se mezclan con el mío—. Pero, al dar una imagen tan seria o distante de primeras, la gente piensa que soy de piedra.

—A veces la primera impresión de una persona no es la correcta. No sabemos la situación por la que pasa alguien, o cómo se siente en ese primer momento. Yo, personalmente, prefiero indagar e ir más allá, conocer a la persona que tengo delante y después formar esa idea de una manera más clara y completa.

—Estoy completamente de acuerdo contigo.

Pasamos algunos minutos en silencio. Siento cómo el medicamento hace efecto y mi cuerpo se relaja gracias a los mimos y los cuidados de Helena.

—Bárbara…

—Dime, preciosa.

—Hay algo de lo que me gustaría mucho hablar contigo con respecto a nosotras.

—Claro —levanto la cabeza y abro los ojos, quiero estar lo más atenta posible, aunque no me

encuentre demasiado bien.

—Las dos hemos sufrido mucho en el pasado —asiento—, y creo que es importante que a medida que nos conozcamos, sentemos esas bases y nada se desmorone. Quiero decir: escucharnos, ser sinceras, hablarlo todo… Creo que con confianza y respeto podemos construir esa base. Yo… *sobrepienso* mucho las cosas, aunque no lo parezca y prefiero que me digas en todo momento cómo estás, o si no te apetece hacer algo, o si en algún momento cualquier cosa de lo que diga no te gusta… ¿Me entiendes?

—Por supuesto. Si tu necesitas que yo me comunique de esa forma lo haré. Yo tiendo a guardarme todo un poco más, pero una relación es cosa de dos e intentaré de la mejor forma posible comunicarte todo lo que necesites. Y, si en algún momento no lo hago, por cualquier motivo, pregúntame sin miedo. En ocasiones necesito ese pequeño empujoncito para soltarlo —sonríe al escucharme y asiente.

—¿Hay algún instante del día en el que necesites estar sola o que no te molesten?

—Bueno, creo que no en realidad. Cuando escribo quizás, pero me he acostumbrado a hacerlo con gente alrededor. Sabrás que quiero estar sola cuando entre en mi despacho y cierre la puerta; si se da el caso, es que algo no va bien y necesito unos minutos. Pero en general no. De vez en cuando necesito mi espacio, pero supongo que tú también —asiente—. En caso de necesitarlo cuando estemos juntas, es mejor decirlo y darnos ese pequeño tiempo personal, ¿te parece?

—Sí, pero no se te ocurra marcharte o desaparecer sin decirme por qué, te buscaría como una loca —añade haciéndome reír.

—Entendido —me mira y me besa—. ¿Y tú? ¿Algún momento que deba respetar?

—En la ducha, al llegar de una guardia de más de 24 horas. Es ese instante en el que suelto todo el estrés y la tensión que haya acumulado durante esa jornada. Son situaciones agotadoras en las que no descanso nada.

—Es sagrado para ti, te devuelve la energía y las ganas de seguir, ¿no es así?

—Totalmente.

—Te lo han roto en alguna ocasión, ¿verdad? —asiente—. ¿Quieres contármelo?

—Llegué de una guardia de dos días. No había dormido nada. Perdí a un paciente tras un accidente de moto. Prácticamente estaba destrozada. Al llegar a casa, me metí en la ducha, pero el silencio se desvaneció. La chica con la que estaba decidió que era el momento perfecto de poner música de discoteca a todo trapo y contarme lo mal que lo había pasado con una amiga en una tienda de ropa esa tarde. Me vio llorar de cansancio y no le importó.

—Joder.

—Era el típico rollo de unos días, diversión.

—Y se esfumó lo poco que había.

—En cuanto salí de la ducha, le pedí que se fuera. Estaba tan mal que ni siquiera me rebatió nada. Y menos mal, porque habría colmado mi paciencia y no hubiese sido muy cortés con ella.

—Creo que en ese tipo de situaciones se demuestra quién de verdad está ahí porque te quiere o por interés —cojo su mentón para que me mire—. Puedo jurar que no entraré en ese baño cuando vuelvas del trabajo a menos que me lo pidas de rodillas —bromeo, haciéndola sonreír.

Me besa y me abraza. A medida que pasan los minutos, diversos temas de la misma índole salen a relucir. Al final, son cuestiones que, como dos personas que quieren ser algo más que amigas, necesitamos saber la una de la otra para no hacernos daño mutuamente. Hablar con ella es fácil, es directa y sincera, y eso me encanta. Dejar las cosas claras antes de dar un paso y avanzar en la relación es muy importante, y parece que las dos lo tenemos bastante claro.

Capítulo 13

Bárbara

Finalmente y, para mi suerte, su compañía se alarga hasta la noche; de hecho, pedimos algo rico y cenamos juntas, entre confesiones, risas y muchos besos.

—Me va a costar tanto marcharme —susurra antes de besarme. Sonrío como una boba al escucharla.

—Y a mí me va a costar tanto dejarte ir…

Los besos se alargan durante minutos, sus caricias y toda ella son un bálsamo para curarme y hacerme sentir como nunca antes. Sin embargo, poco antes de las diez, sale por la puerta, mañana madruga para trabajar y aún le quedan varios minutos hasta llegar a casa.

—¿Cómo tienes el horario esta semana? —pregunto mientras se monta en el coche.

—Pues tranquilo, trabajo desde mañana hasta el jueves, descanso viernes y sábado y tengo guardia el domingo.

—Si te apetece ,podemos tomar algo al salir del trabajo, o cenar juntas alguna noche. Siempre y cuando no estés cansada, ¿de acuerdo?

—Te avisaré y hablaremos, según vaya el día vemos y planeamos, ¿te parece?

—Me parece —añado sonriente antes de besarla.

—Pásate el miércoles por la consulta para verte, ¿vale?

—Allí estaré, bien puntual.

—Nos vemos, preciosa.

—Descansa, cariño.

Cada día, me duele más verla alejarse. Lo que empiezo a sentir por ella es demasiado fuerte. Por ese mismo motivo, voy a hacer todo lo posible para tenerla a mi lado. Quiero seguir conociéndola, compartiendo tiempo y conversaciones con ella, descubriendo cosas nuevas a su lado. Helena empieza a ser más importante para mí de lo que jamás llegué a pensar, y me encanta.

A medida que pasan los días, ese sentimiento crece y crece. Hablamos siempre que podemos. Su horario es complicado y nos mandamos algunos mensajes. Y, al salir del trabajo, si no está muy cansada, tomamos algo juntas.

Una de estas tardes, debido a una reunión de última hora con mis editores, tuve que suspender nuestra merienda. Por suerte, lo entendió sin problemas. Pero hoy la veré por partida doble, en su consulta para mi revisión y justo cuando salga del trabajo.

Como siempre que vengo, estoy frente a su consulta, esperando a que me llame. Sin embargo, hoy estoy un poco más seria de lo normal. En la reunión de ayer, mis jefes me propusieron algo que no me convence y que siempre he evitado por todos los medios, y no sé qué responder. Aunque intento ocultarlo, nada más pasar a la consulta, Helena se da cuenta.

—¿Ha ocurrido algo, cariño? —cuestiona mientras guarda mi cara entre sus manos.

—No, no es nada malo. Ayer, en la reunión, mis jefes me hicieron una propuesta y no sé qué responder.

—¿Puedo saberlo?

—Quieren que participe en una feria del libro que se celebrará en unas semanas. Firmando libros. Pero es que habrá mucha gente allí.

—Y temes que trascienda de más que vas a estar ahí y todo el mundo se entere.

—Sí —suspiro—. No sé qué hacer, Helena. Llevo muchos años detrás de un pseudónimo, pero cada día se hace más complicado. Mis libros llegan a muchas personas y entiendo también que quieran conocerme. No sé qué hacer. En cuanto diga que sí a esta oportunidad, llegarán más y más…

—Y ya no habrá vuelta atrás —asiento—. A ver, siendo sincera, es una gran oportunidad para ti como autora. Ser más cercana con tus lectores y darte a conocer te hará seguir creciendo. Pero entiendo tu temor a ser una persona pública…

—Debo pensarlo con calma antes de disponer nada.

—Tómate tu tiempo y decide lo que a ti te haga sentir bien —susurra antes de besarme—. ¿Te quitas la camiseta y te miro las heridas?

Durante los siguientes minutos, revisa las heridas comprobando que casi todas ellas están prácticamente curadas. Y, sin olvidarse, quita la venda de mi muñeca y la toca con calma. La inflamación ha bajado mucho, con respecto a la semana pasada, ya la puedo mover mucho más y es un gran avance. No obstante, seguiremos con el reposo un poco más.

—Si sigues las pautas como hasta ahora, esa muñeca estará dando guerra en un par de semanas.

—No sabes las ganas que tengo de volver a escribir. Terminar con lo que tengo pendiente y desarrollar las nuevas ideas que me llegan últimamente.

—¿Tantas ideas nuevas tienes?

—Si y, para ser sincera, tú tienes parte de culpa.

—¿Ah, sí? —su tono es seductor, se acerca y rodea mi cuello con sus brazos.

—Si, conocerte y hablar contigo abiertamente de cualquier tema está siendo maravilloso. Nuestras conversaciones, y tu persona especialmente, me están inspirando mucho para nuevos personajes. Eres mi musa.

—Vaya… eso es muy bonito, Bárbara —sonrío, y sin aguantarme más, la beso—. ¿Por qué no vienes esta tarde a casa? Pipo te echa de menos…

—¿Solo Pipo? —cuestiono juguetona.

—Sabes que no.

—¿Tienes algún plan en mente, doctora? —aprovecho su acercamiento para rodear su cintura con mis brazos y evitar que se separe.

—Todavía no —apunta sincera—, pero se me ocurrirá algo.

—Bueno, con estar contigo es más que suficiente —susurro cerca de sus labios—. Y seguro que estarás agotada, podemos ver una peli y cenar juntas.

—Eso sería perfecto.

—Pues está hecho entonces, yo encargaré la cena antes de ir a tu casa. ¿Te apetece algo en especial?

—Pizza, de lo que sea, pero pizza —ambas reímos antes de besarnos.

—Pues pizza para cenar.

Aunque nos encanta estar juntas, debemos mantener ciertas distancias para evitarle problemas, más aún siendo su paciente. Antes de marcharme y, para que pueda seguir con sus consultas, hace algunas tomas de mi muñeca, un par de fotos y vuelve a vendarla. Con eso, tiene suficiente para sus vídeos.

—¿Has venido en coche o quieres que me pase por ti?

—Tengo el coche abajo, nos vemos en mi casa directamente.

—Vale. Te veo luego, preciosa.

—Adiós, guapa.

Me acerco por última vez para besarla y me marcho. Salgo de la consulta como en una nube. Incluso sé que estoy sonriendo demasiado cuando algunas enfermeras se me quedan mirando al salir. Agacho la mirada, noto como mis mejillas se ponen cada vez más rojas y salgo del hospital sin mirar atrás.

Está claro que Helena es especial, cada día me siento mejor a su lado y no quiero que esta sensación se vaya nunca.

Capítulo 14

Helena

Llego a casa agotada. No he parado ni siquiera para almorzar. Al traer la comida ya preparada, me he quedado en el despacho y he aprovechado para adelantar algunos informes.

Nada más llegar, le doy su dosis de mimos a Pipo, le echo de comer además de rellenar su cuenco de agua y entro en la ducha. Al salir, empiezo a limpiar y recoger un poco el desastre que dejé en la cocina esta mañana, quiero que todo esté presentable antes de que llegue Bárbara. Mientras tanto, llamo a mi hermana.

—Si me llamas tan temprano es porque tienes plan, ¿me equivoco? —suelta nada más contestar. Sonrío al escucharla.

—Eres muy perspicaz.

—Veo que van las cosas muy bien con Bárbara.

—Si, bastante. La verdad es que estamos hablando mucho, tenemos conversaciones bastante profundas y creo que eso nos está ayudando mucho con respecto a los pasos que vamos dando.

—¿Habéis formalizado?

—No, no, aún es pronto Francis. Queremos ir despacio.

—Lo importante es que vayáis profundizando a vuestro ritmo. Al final, encontraréis ese objetivo común, lo que queréis como futura pareja —asiento—. Además, cuando es la persona, se nota desde el principio. La implicación, el cariño, el esfuerzo…

—Si, en ese sentido estamos las dos al cien por cien.

—Estáis hechas la una para la otra, te lo digo yo —sonreímos—. Cambiando de tema, ¿cómo tienes el fin de semana?

—Libro viernes y sábado, ¿por?

—¿Qué te parece si invitamos a papá a comer?

—¿Por qué no venís aquí a casa? Podemos cocinar juntas como en otras ocasiones, y pasamos el día en familia.

—Estupendo, planazo entonces.

—Mañana por la mañana, en mi descanso, lo llamo y se lo digo.

—Vale.

Poco antes de terminar con la limpieza, Francis se despide, quiere aprovechar el resto de la tarde para salir a hacer unos recados. Yo, por el contrario, me siento para editar algunos vídeos… No despego la mirada de la pantalla hasta que llaman a la puerta.

Un buen vino y una agradable conversación es lo que nos mantiene unidas en las siguientes horas a Bárbara y a mí. De hecho, ni siquiera nos hemos separado, todo el tiempo hemos estado cogidas de la mano, acariciándonos. Mis piernas sobre las suyas. Pasar tiempo juntas nos agrada cada vez más, y hacernos preguntas mutuamente empieza a ser bastante divertido, pues descubrimos muchas cosas y esto nos encanta.

—Bien, me toca —digo pensativa.

A medida que pasan los segundos, una sonrisa bastante intencionada aparece en mi gesto.

—Me parece a mí que vas a subir el nivel de las preguntas —acierta de lleno Bárbara, riéndose.

—No te importa, ¿no?

—Me encanta, en realidad.

—La primera vez que nos besamos fue aquí, en mi casa, en nuestra primera cita. Pero, ¿en algún momento, antes de esa cita, quisiste hacerlo?

—Sí. Cuando me bajaron de la ambulancia y te vi hablar con el auxiliar, llamaste mi atención. Esos ojos azules… uf, son hipnóticos —inevitablemente me sonrojo—. Pero la primera vez que pensé y me dije: me encantaría besarla; fue en la primera noche que estuve ingresada, cuando viniste a revisarme y tu turno ya había terminado. Podías haberte marchado sin más y mandar a alguien, sin embargo, te quedaste ahí, por mí. Me hiciste sentir realmente especial. Y, si no hubiese sido porque no podía moverme del dolor —ambas reímos—, te hubiese besado.

Muerdo mi labio inferior inconscientemente. Acaricia mis mejillas y me besa con lentitud, con una calma y una pasión que me hace temblar.

—Yo también te habría besado esa noche antes de marcharme —admito muy cerca de sus labios—. De hecho, no quería irme, pretendía quedarme ahí contigo, pero quizás iba a ser un poco raro, así que decidí irme.

—O sea que lo de los recados era una excusa, ¿no? —apunta juguetona.

—Como una catedral de grande —reímos y volvemos a besarnos.

Estos últimos besos son más intensos, íntimos… Ni siquiera me guardo un solo gemido cuando sus manos empiezan a acariciarme. Bárbara se incorpora y yo me dejo caer hacia atrás, aguantando el peso de su cuerpo cuando se tumba sobre mí. Abrimos los ojos y nos miramos con intensidad, siento unas cosquillitas en mi estómago que jamás había experimentado con tal magnitud. Sin pretenderlo, tiemblo.

—¿Estás bien, cariño? —cuestiona acariciándome.

—Sí, es solo que… quiero algo más que unos besos —sonríe y vuelve a mis labios con calma.

Baja lentamente hasta llegar a mi cuello y dejar un pequeño mordisco que provoca infinidad de sensaciones en mi cuerpo, entre ellas, una pequeña presión en mi entrepierna que necesita ser resuelta. Gimo cuando sus manos bajan hasta mis piernas, acariciando el interior de mis muslos por encima de la ropa y haciendo una pequeña presión en mi centro.

—Joder —susurro.

—Estás a tiempo de pedirme que pare —anuncia mientras besa mi cuello—. Quiero esto, no sabes cuánto, pero solo lo haremos si las dos decimos que sí.

—Si te dijera que no…

—No pasaría nada —dice mirándome—. Puedo entender que no estés preparada.

Tengo suerte, muchísima. Aunque está a punto de estallar justo encima de mí, sería capaz de parar, respetando mis tiempos y mis ritmos. No puedo perderla, no a ella. Y tampoco voy a negarme a esto. Quiero hacerlo, estoy más que preparada y, con ella de la mano, será perfecto.

—Estoy más que lista, mi amor —hablo antes de besarla—. ¿A qué hora llegará la cena?

—Sobre las diez, ¿por? —miro el reloj, queda una hora y media para eso.

—Porque no pienso soltarte hasta entonces —anuncio con una sonrisa antes de besarla, evitando que diga una palabra más.

Las risas, las caricias y los besos comienzan a ser los protagonistas entre estas cuatro paredes. A medida que todos ellos se intensifican, nos levantamos y caminamos sin dejar de besarnos hasta llegar a mi dormitorio. Tiro de ella, no quiero que su cuerpo se separe del mío. El único momento en el que me despego es al caer por inercia sobre el colchón, aunque no tarda en tumbarse sobre mí para empezar a desnudarme.

Cada centímetro de mi cuerpo se va uniendo al suyo a medida que la ropa desaparece de

nuestros cuerpos. La electricidad que recorre mi cuerpo al sentir su calor ni siquiera puedo describirla como normal. Al fin, siento que estoy con alguien que me quiere de verdad, que me valora y que va a cuidarme cada día de mi vida. Con ella puedo ser yo misma, me siento libre y amada como nunca antes y, ahora, con sus dedos recorriendo todo mi centro, me siento la más afortunada del mundo.

No es un polvo más, no es simplemente sexo. Es amor. Un amor que se está forjando a fuego lento y, que ahora mismo, va a terminar de unir estos dos corazones que tanto lo han ansiado.

Capítulo 15

Bárbara

Cuando sus dedos entran dentro de mí, todo mi cuerpo se contrae. Mis gemidos se escuchan en cada rincón de la casa. Los suyos me siguen al sentir mis dedos recorriendo su espalda mientras dejo una pequeña señal. La rapidez con la que sus dedos me recorren provoca un último gemido al llegar al clímax. Un gemido que lleva su nombre. Nuestras respiraciones están aceleradas, ella aún está de rodilla entre mis piernas, recuperando un poco de fuerzas.

Suelto un último suspiro cuando Helena se deja caer sobre mi cuerpo desnudo. Los últimos minutos han sido los más maravillosos de toda mi vida. Nuestra conexión es más que fuerte y, a medida que el placer ha aumentado en esta habitación, hemos sido conscientes de a qué nivel está. Creo que el sentimiento que nos recorre a ambas es más que intenso y, ninguna de las dos vamos a olvidarlo y mucho menos dejar que desaparezca.

Se me pasan los minutos pensando en lo que hemos hecho. Vuelvo al presente cuando Helena coge mi mentón para que la mire, ni siquiera me he dado cuenta que se ha sentado sobre mi cintura de nuevo.

—Joder —suelto al ver las vistas que me ofrece, es espectacularmente bonita.

—¿Está todo bien? Has estado ausente unos segundos.

Acaricio sus piernas, provocando que mueva su cintura lentamente, sintiendo su humedad a punto de rozar la mía.

—Si sigues moviéndote así, no lo estaré —digo sonriente. Ríe y se agacha para besarme.

—En serio, ¿estás bien?

—Estoy tan bien que no me lo creo, Helena. Había soñado tanto con este momento, con poder disfrutar y hacer el amor con la mujer que quiero… Estoy más que bien. ¿Tú lo estás?

—Siento lo mismo que tú, suscribo cada una de tus palabras. Ha sido increíble Bárbara. Lo que siento aquí dentro —dice señalando su corazón— nunca ha sido tan grande, y espero no dejar de sentirlo nunca.

—Ese sentimiento cambiará, y evolucionará, es lo bonito de las relaciones. Pero yo también deseo que esa intensidad no cambie nunca. Es nuestra, propia, y estará siempre que cuidemos nuestra pareja.

Sonríe al escucharme, se tumba y se acomoda en mis brazos. Deja pequeños besitos en mi cuello y en mi mejilla que me hacen temblar.

—¿Puedo desear estar contigo para siempre? —pregunta sonriente.

—Solo si yo también puedo pedirlo y se cumple —respondo. En ese momento, se incorpora para mirarme.

—Quiero estar a tu lado cada día de mi vida, Bárbara. Sé que es pronto, que apenas han pasado unas semanas desde que nos conocemos. Pero, vamos paso a paso, con calma, a nuestro ritmo… Deseo con toda mi alma poder decir que eres mi pareja, que eres todo lo que quiero en mi vida.

Las lágrimas corren por mis mejillas al escucharla.

—Yo también quiero poder decir que tengo a la novia más maravillosa y bonita del mundo. Me da igual que sea pronto. Solo nosotras decidimos cuándo hacerlo.

—Entonces… ¿es oficial?

—Lo es, y lo será para siempre, mi amor —digo antes de besarla, sellando nuestro amor y nuestro futuro juntas.

Helena

Nos abrazamos durante varios minutos, estamos tan metidas en nuestro mundo que olvidamos por completo lo que ocurre a nuestro alrededor. Cuando el timbre suena, nos miramos y recordamos que hemos pedido cena. Me levanto a toda prisa y cojo la bata que tengo colgada en el perchero:

—No te muevas de ahí, cenaremos aquí.

Bajo rápidamente y cojo nuestra cena que, para mi sorpresa, Bárbara ya ha dejado pagada. Pillo unos refrescos y agua, y subo.

—¿Por qué has pagado?

—Porque sabía que lo harías tú y no me dejarías hacerlo. Ya me has cocinado y me has invitado varias veces cuando hemos salido a tomar algo…

—Bueno, me apetece hacerlo.

—Igual que a mí con la cena de hoy —añado sonriente.

—Está bien… —sonríe y me siento a su lado. Disponemos todo y empezamos a cenar—. Oye, ya sabes que tengo libre viernes y sábado.

—Sí, es verdad, podemos hacer algo si te apetece.

—Me encantaría. Aunque el sábado he quedado con mi hermana y mi padre para comer aquí en casa.

—Tranquila, yo aprovecharé para seguir con cosas de trabajo…

—Me gustaría que vinieras —le corto antes de que pueda decir nada más—. Si no quieres estar en la comida no pasa nada, pero quiero que te pases y conozcas a mi padre. Sabe que hay alguien en mi vida y bueno…

—Quiere quedarse tranquilo, ¿no?

—Sí…

—Creo que para una comida familiar es pronto, pero sí que puedo pasarme más tarde, para el café. Traeré algo de merendar para todos.

—Eso suena fantástico —añado antes de darle otro bocado al trozo de pizza que tengo en mis manos.

—¿Seguro que no te molesta que no venga a comer? No quiero apresurarme en nada de lo que hagamos. Y una comida familiar en menos de un mes, es precipitado a mi entender.

—Tranquila, no me molesta en absoluto, lo entiendo y lo comprendo perfectamente. Sí que es pronto, tienes toda la razón —cojo su mano y la aprieto—. Con ese café, de momento, nos irá bien. Lo único que quiero es no decir nada de que estamos juntas aún, si no te importa. Es nuestro ritmo, nuestra decisión, pero otras personas lo pueden ver demasiado rápido. No quiero que nadie, entre ellos mi padre, pueda pensar cosas que no son o tenga miedo por lo que hemos vivido.

—Si, claro, es comprensible. No diremos nada, somos dos amigas que se están conociendo.

—Pero eso no significa que no vaya a darte un beso o me ponga cariñosa —anuncio sonriente —. Es algo que no voy a poder evitar.

—Tranquila, no me voy a negar —responde sonriente—. Es tu familia, cariño, actuaremos como creas correcto, ¿vale? —asiento, no puedo evitar que una lágrima se escape de mis ojos—.

Ey, amor… ¿qué ocurre?

—Nada, es que… es tan bonito tener a alguien que te entiende y te corresponde. Que está al mismo nivel.

—Un punto muy importante dentro de una relación es la responsabilidad afectiva, amor mío —asiento, estoy completamente de acuerdo—. Somos dos personas y tenemos que pensar en cómo va a influir nuestros actos sobre la otra. Por eso, me gusta tanto hablar las cosas contigo, creo que es esencial conocernos a cualquier nivel y poder actuar acorde a lo que sentimos ambas.

—No dejemos nunca de comunicarnos, de hablar todo, por favor.

—Nunca cariño, nunca. Puedes estar segura de ello.

Fundar la base de nuestra relación en la comunicación, el respeto y esa responsabilidad afectiva es algo que ninguna de las dos hemos podido conseguir en el pasado. Como es obvio, no lo íbamos a dejar pasar en nuestra relación, y es de las decisiones más acertadas que hemos tomado nunca. No todo será de color de rosas, lo sabemos. Sin embargo, lucharemos para mantener todo lo que estamos creando en nuestras primeras veces y, evolucionaremos de tal manera en nuestra relación que cada paso que demos, será mucho mejor que el anterior.

Al fin, estamos en una relación donde nos sentimos libres y seguras con la otra persona, no vamos a dejar que nada rompa eso. Ni en sueños.

Capítulo 16

Bárbara

Estoy a punto de llamar a la puerta de Helena. Decido tomarme unos minutos antes de hacerlo pues en cuanto lo haga, volveré a ver a su hermana y conoceré a su padre. Personalmente, lo siento como un paso muy importante, y no quiero hacer o decir nada que pueda perjudicar la relación que tenemos ahora.

Justo ayer, mientras cenábamos en mi casa, se lo comentaba. Notó que estaba nerviosa por este encuentro y no dejamos de hablar del tema hasta que me quedé totalmente tranquila. Entendí la preocupación de su padre al comentar todo lo que habían vivido en mayor profundidad. No merecían ese daño, no merecían ese dolor después de haberlo dado todo. Tal y como le dije a ella ayer, esa persona no se merecía a una familia tan buena y bonita como la suya.

De nuevo, pasamos la noche juntas, empezaba a ser algo rutinario. Dormir separadas se nos empieza a hacer un mundo, así que siempre que podamos, dormiremos juntas.

Suelto todo el aire que tengo en mis pulmones antes de llamar al timbre.

—¡Voy!

La voz de Helena me hace sonreír brevemente y provoca que esas mariposillas se instalen de nuevo en mi estómago. Es simplemente escucharla y revolotean como locas. Me encanta.

Cuando la puerta se abre, me encuentro con la mujer que está iluminando mi vida desde el momento en el que la conocí.

—Hola, mi amor —susurra acercándose y dejando un dulce beso en mis labios—. Pasa, por favor.

Me deja entrar, aunque la espero mientras cierra, aprovecho esos segundos para quitarme la gabardina y colocarla sobre el perchero de la entrada.

—Están en el jardín —dice mientras entramos en la cocina, se ha dado cuenta de que los he buscado con la mirada nada más entrar. El olor a café recién hecho inunda mis fosas nasales—. ¿Nerviosa?

—Un poco.

—Vamos, voy a presentarte y ahora venimos a por el café. ¿Qué has traído al final? —pregunta sin dejar de mirar la caja que tengo en las manos.

—Me dijiste que a tu padre y a tu hermana le encantaban las rosquillas, y he traído unas pocas. Y, como a ti te gustan tanto los croissants de chocolate, pues también he traído unos cuantos.

—Eres un amor —añade antes de besarme. No puedo evitar retenerla en mis brazos durante varios segundos, los suficientes para terminar de calmarme.

Me coge de la mano y salimos directamente al jardín. Han colocado una mesita baja para tomar el café y disfrutar del sol. Tanto su hermana como su padre, se giran al escuchar los pasos. Francis se levanta con una sonrisa y se acerca de inmediato para abrazarme y darme dos besos.

—Qué bueno verte de nuevo, Bárbara.

—Lo mismo digo, Francis, es un placer estar aquí —digo correspondiendo su acercamiento.

—Te presento a mi padre, Emilio. Papá, ella es Bárbara.

Pretendía acercarme y darle dos besos, pero al ver que tendía su mano para saludarme he decidido cortar mi saludo. Correspondo el suyo con una sonrisa.

—Encantado.

—Igualmente, es un gusto conocerle.

—Papá, ¿me acompañas a por el café? —cuestiona Helena. Él asiente sin decir nada y la sigue. Suspiro cuando ambos desaparecen en el interior de la casa.

—Tranquila, mujer —susurra Francis, mientras me invita a tomar asiento junto a ella.

—Lo siento, es que estoy muy nerviosa, no quiero meter la pata.

—No lo harás. Nuestro padre es desconfiado por naturaleza, en cuanto te conozca un poco más, dejará ver al verdadero Emilio Santos.

Lo cierto es que no sé ni qué decir. Cuando vuelven, ayudo a Helena a servir las tazas de todos. Estoy un poco tensa al sentir la mirada de mi suegro fija en mí. Doy un sorbo al café y miro a mi chica, que la tengo justo enfrente y aguanta una sonrisa, tanto ella como su hermana lo hacen. Le lanzo una mirada de advertencia, me pagará este momento de algún que otro modo que aún debo pensar.

—¿Cómo llevas la recuperación de tu accidente? —me pregunta Francis para cortar ese horrible silencio.

—Bien, bien, cada día me encuentro mejor. Físicamente, casi no tengo dolor, únicamente me quedan unos días para que esta muñeca termine de sanar y podré volver al trabajo.

—Tendrás ganas de volver a la rutina.

—Pues lo cierto es que sí. Estoy editando y corrigiendo, pero echo de menos escribir.

—¿Eres escritora? —la voz del padre llama mi atención.

—Así es.

—¿Los libros dan suficiente dinero para poder vivir de ello?

—Sí. El comienzo es un poco complicado, el público no te conoce y no sabe el camino que vas a trazar como autora. Pero en mi caso, con el tercer libro, ya pude empezar a vivir de ello.

—¿Cómo es eso de que todo el mundo te conozca? Debe ser complicado —cuestiona curioso.

—Lo cierto es que nadie me conoce —me mira extraño—. En su momento, decidí publicar bajo un pseudónimo, para mantener mi privacidad. Así que nadie sabe quién soy realmente.

En ese momento, me observa fascinado, no sabe qué decir. Miro a Helena y asiento, está deseando decírselo.

—Papá —la escucha atento—. Ella es Becky Loz.

Veo como los ojos de Emilio se abren como platos y vuelven a observarme.

—¿La autora de todos esos libros que has comprado en los últimos años? —sonrío.

—La misma, papá. Pero no podemos decir nada de esto, ¿de acuerdo? Ella, por el momento, quiere mantener esa privacidad y, debemos respetarlo. Si nos lo ha contado es porque confía en nosotros.

—Claro, claro… Es entendible —dice mirándome, su gesto ha cambiado, podría decir que se ha dulcificado al saber mi identidad—. Vaya, no me lo esperaba. He oído hablar tanto de tus libros que incluso es extraño saber que te tengo delante ahora.

Su sonrisa hace que, durante las siguientes horas, la tensión desaparezca por completo y todo fluya con total normalidad. Les hablo de mí, de cómo comencé en este mundo y mis dudas sobre la feria y la firma de libros; los tres opinan lo mismo, que debo decidir lo que sea mejor para mi vida y mi privacidad, lo más importante es que me sienta cómoda y trabaje sin el miedo al qué dirán. Debo tomar esa decisión por y para mi bienestar y si, en algún momento, quiero cambiar eso, tendré tiempo de sobra. Y tienen bastante razón.

También comento, junto a Helena, el modo en el que nos conocimos y cómo poco a poco nos

sentimos más unidas. Para su padre, no pasan desapercibido ciertas miradas o gestos, es inevitable no coger sus manos, mirarla, acariciar sus mejillas cuando me mira… Es imposible no darle todo el amor que siento por ella. Y sé, de algún modo, que él está de acuerdo con lo nuestro, pues no deja de sonreír o de mirarnos con un gesto agradable. Siento que he dado un paso en la dirección correcta.

Quizás esta primera toma de contacto con su familia no ha sido tan mala idea.

Capítulo 17

Helena

—No, no voy a hacerlo por el momento —dice con el teléfono en la mano.

Después de darle muchas vueltas a la propuesta de su editor, Bárbara ha decidido no aceptarla, le ha llamado para comentárselo. Puedo notar incluso que le pesa decir que no, sabe que debido a ello, sufrirá algunas pérdidas y algún que otro descontento. Pero tal y como le he dicho, es su decisión y su equipo debe respetarla.

—Lo sé, Javier, pero soy consecuente con mi decisión. No significa que más adelante no vaya a hacerlo. Pero, en este momento, no estoy preparada para salir a la luz. Sé todo lo que supone, sin embargo, espero que lo comprendáis y me apoyéis.

Da vueltas de un lado para el otro del salón. No puedo evitar sonreír al ver que Pipo la sigue y, de vez en cuando, la molesta para que lo acaricie mientras habla. En una de esas ocasiones, Bárbara se ha sentado en el suelo y él se ha colocado sobre sus piernas, calmándola. La verdad es que este pequeñito sabe exactamente cuándo debe actuar, es como un pequeño ángel de la guarda.

—Sí, lo sé. La semana que viene ya puedo volver a trabajar. Tengo todo a punto. En cuanto mi doctora me dé el alta, me pondré a ello —en ese momento nos miramos y sonreímos—. Pero esa fecha esa anterior a la que hablamos —la noto nerviosa, algo no va bien—. Está bien, sí, lo intentaré, aunque no prometo nada. Vale. ¡Adiós!

Suelta el teléfono y suspira con fuerza mientras acaricia a Pipo.

—¿Qué ocurre? ¿No se han tomado demasiado bien tu decisión?

—Javier se lo esperaba, la verdad, pero hay gente del equipo que no está de acuerdo. Esto podría suponer un mayor alcance y por tanto más público y ventas, y claro…

—Pero es tu decisión, cariño, y deben respetarla.

—Lo sé. Y no puedo perder más días, en dos semanas debo entregar uno de los libros. Lo tengo a medias y tengo que ponerme las pilas. Quieren tenerlo listo antes para poder promocionarlo el último día de la feria.

—A esa muñeca aún le quedan unos días de reposo —le advierto.

—Si, y lo tengo en cuenta, créeme. No empezaré hasta que me digas. Pero, en cuanto me ponga, no pararé hasta terminar el libro.

—Eso significa que no vas a salir de tu despacho en varios días, ¿me equivoco? —deja escapar aire por la nariz, me mira con una sonrisa, aunque su mirada denota tristeza.

—Ni un poco. Serán días agotadores.

—Bueno, no pasa nada. Yo estaré ahí para ti como tú lo has estado para mí en mis peores días de trabajo o después de mis largas guardias en las últimas semanas.

—Me gustaría tenerte en casa esos días. Sé que no pisaré la calle si no es así. Y prefiero tenerte y que me ayudes a parar. Cuando se acercan los días de entrega, puedo pasarme horas y horas sin descansar, y sé que no es bueno.

—Haré lo que necesites, amor —se levanta del suelo y se sienta a mi lado, me besa antes de hablar.

—Gracias por comprender y ayudarme con esto. Estaré mucho más cabezota de lo que puedas imaginar. Prefiero avisarte para que no te pille desprevenida —añade sonriendo.

Río y la acojo en mis brazos durante los siguientes minutos. Todas somos un poco cabezotas en nuestros momentos de mayor estrés. Aprovechamos ese instante antes de cenar para comentar algunas cosas y darle un pequeño masaje a esa muñeca. Siempre que le doy la crema, masajeo y realizo algunos ejercicios de movimiento; mejora rápidamente y, en pocos días, ya no tendrá ningún dolor. Hacemos esta rutina durante una media hora.

—Así, muy bien. ¿Duele ahí?

—No.

—Si te tomas las cosas con calma, puedo permitir que empieces a escribir a partir de mañana. Siempre y cuando tomes descansos y sigas cuidándotela igual. Porque, al mínimo dolor que note, no dejaré que toques el ordenador —sus ojos se han iluminado a medida que he hablado.

—¿De verdad?

—Claro. Pero prométeme que, cada dos horas al menos, descansarás unos minutos. No quiero que vuelvas de golpe y vayamos para atrás.

—Lo haré, te lo prometo.

La misma mañana siguiente, cuando salgo para el trabajo, ella vuelve a casa para empezar a trabajar. Tal y como le prometí, estaré con ella toda la semana. Así que he preparado una pequeña maleta con ropa que se ha llevado directamente, y también se ha ido acompañada de Pipo, de este modo me ahorro un viaje esta tarde al salir.

Lo cierto es que esta semana es agotadora. Bárbara se pasa el día frente al ordenador, aunque cumple su promesa de parar cada cierto tiempo, sobre todo cuando yo estoy en casa. Yo, por mi parte, he tenido bastante trabajo estos días, pues he estado de guardia y no he parado ni un solo segundo desde que he entrado por la puerta del hospital. Por suerte, tanto el sábado como el domingo lo tengo libre.

Para que pueda tomarse un descanso, hemos decidido salir a pasear antes de comer.

—Creo que nunca había escrito tanto como en estos días. Estoy muy contenta. Me quedan un par de capítulos y podré enviarlo a tiempo.

—Parece que el descanso obligado no te ha sentado tan mal —añado agarrada a su brazo.

—Lo cierto es que no. Creo que, de vez en cuando, me vendrá bien desconectar unos días, quizás entre libro y libro haga un pequeño parón. Así también tengo tiempo de planificarlas y empiezo con más ganas.

—No suena mal.

—Sé que hemos tenido poco tiempo esta semana para nosotras —dice entonces—. Entre lo obcecada que estaba con terminar y tus horarios… Te aseguro que mi día a día es más tranquilo y tengo menos horas de trabajo. Pero cuando llegan las fechas de entrega debo estar a tope.

—Tranquila, mi amor, es comprensible. En tu lugar, haría lo mismo.

—¿Y tú? ¿Qué hay de tu semana? Ya me has dicho que has estado hasta arriba, pero si necesitas hablar de algo puedes hacerlo, ya lo sabes. El miércoles llegaste bastante triste —sonrío al escucharla—, quise preguntarte, pero como fuiste directa a la ducha decidí que era mejor no hacerlo.

Dejo un beso en su hombro antes de hablar.

—Fue un día complicado. En mi primer día de trabajo, hace ya algunos años, atendí a una mujer mayor que tenía problemas de corazón. Desde entonces, ha sido mi paciente. El miércoles, mientras iba a comprar como cada día, sufrió un pequeño ataque que su corazón no pudo resistir. Cuando llegó al hospital, ya había fallecido.

—Lo siento mucho, amor —sin soltarme, me abraza y me besa—. Ha debido ser duro. Tengo

la sensación que era una de tus pacientes favoritas.

—Era una gran mujer, siempre portaba una sonrisa. Y, cada vez que nos veíamos, nos pasábamos un buen rato charlando de nuestra vida. Es una pena lo que le ha pasado.

Su abrazo se hace más fuerte, cosa que necesito y agradezco. Y, aunque pretendemos seguir caminando y disfrutando de la mañana, algo nos frena. Y no es para menos. Ver a un grupo de personas correr hacia nosotras no es algo normal. Ella, por instinto, me coloca a su espalda y me agarra fuerte de la mano. No sé qué es lo que pasa, pero algo me dice que no nos van a dejar tranquilas tan fácilmente.

Capítulo 18

Helena

Todas esas personas, cámara en mano, nos rodean y empiezan a sacar fotos. Hablan muy rápido y sin un orden, ninguna de las dos entendemos nada. Intentamos marcharnos, de hecho, estamos a punto de echar a correr y volver a casa cuando uno de ellos alza la voz.

—¡Becky, por favor, habla con nosotros un poco!

Bárbara se para en seco, la miro y la tensión que se refleja en su rostro es indescriptible. Mira hacia atrás y todo el grupo vuelve a alcanzarnos.

—¿Por qué se ha ocultado hasta ahora? ¿Quién es realmente Becky Loz? ¿Tus novelas son autobiográficas?

—Un momento, por favor —consigue decir en un susurro—. ¡Por favor, si me hablan todos a la vez es imposible!

Cuando al fin la escuchan, todos callan y la miran con atención. Algunos alzan sus grabadoras, otros la fotografían, y otros llevan una libreta en la mano.

—En primer lugar, ¿cómo saben quién soy? —pregunta desconcertada.

—¿Es que no ha mirado las redes sociales? —cuestiona de vuelta una de las chicas que están dentro del grupo. Ambas nos miramos y negamos. Al hacerlo, la chica sigue hablando—. Esta mañana, una cuenta anónima ha publicado una foto suya, afirmando que es Becky Loz.

—Eso no está bien —susurra decepcionada—. Miren, les agradezco profundamente que estén aquí, pero no voy a contestar a ninguna pregunta ahora mismo. Tengo asuntos que solucionar.

Empieza a caminar y tira de mí. La miro y veo cómo una lágrima corre por su mejilla a toda velocidad. Sin embargo, no paramos hasta llegar a casa. Hemos tenido que dar alguna vuelta de más para despistar a los periodistas.

Nada más entrar en casa, saca el teléfono y llama a su representante y a su editor. Y, sin mediar palabra, se mete en su despacho. Quiero hablar con ella, pero sé que en este momento el enfado que tiene es monumental, y voy a darle tiempo para que hable con su gente y encuentre alguna solución.

Me siento en el salón, sosteniendo a Pipo en mis piernas, mientras compruebo las redes sociales. Han descubierto su identidad, y gracias a las fotos que nos han hecho, también la mía. Nos han relacionado directamente y desde que se han publicado las fotos hace pocos minutos, no paran de llegarme notificaciones y nuevos seguidores. Es tal el agobio que siento, que cierro sesión en las redes sociales y llamo a mi hermana.

—¿Puedes venir? —pregunto en cuanto descuelga. No hace falta ninguna explicación. Sabe que la necesito.

—Voy ahora mismo.

—Estamos en su casa, te mando la ubicación —digo al mismo tiempo que se la mando.

—¿Es cierto lo que he leído? ¿Alguien ha desvelado quién es?

—Sí, encima nos ha pillado paseando y te puedes imaginar. Se ha enterado por los periodistas que nos perseguían.

—¿Cómo está?

—Mal. En cuanto hemos llegado, se ha encerrado en su despacho para hablar con su editor y su repre.

En poco más de veinte minutos, llega a casa y ,en cuanto abro la puerta, me abraza. Estoy agobiada ya que escucho gritar a Bárbara en su despacho, sin embargo, voy a seguir respetando su espacio en este momento y no voy a entrar.

Le cuento todo lo sucedido con mayor detalle mientras sirvo algo para beber.

—Vais a necesitar un tiempo hasta que las aguas se calmen. Ahora todo es novedad. Tú nunca te has ocultado, pero debes tener cuidado. Y ella tendrá que adaptarse con rapidez. Vaya donde vaya, la van a reconocer.

—Sí, lo sé. Me parece increíble que alguien pueda ser tan rastrero como para hacer esto.

—Lo que no llego a entender es por qué ha esperado hasta ahora. Es decir, lleva años detrás de un pseudónimo y ahora, sin más, lo sacan a la luz.

Tiene toda la razón, es algo que no tiene ningún sentido a estas alturas. Bárbara publicó su primer libro hace más de ocho años. Nunca ha tenido problemas de este tipo. ¿Qué es lo que ha cambiado para que ocurra esto?

Oigo cómo se abre la puerta del despacho, me levanto, pero no me muevo del sitio hasta que ella entra en la cocina. Aparentemente, está más relajada, sin embargo, sus ojos están muy rojos, ha estado llorando. Nos miramos y en ese momento corro a abrazarla.

—¿Estás bien? —pregunto sin separarme.

—Se me pasará. ¿Tú lo estás? Se que te agarré con fuerza en la calle, no quería hacerte daño —dice observando mi brazo en busca de alguna señal que no encuentra.

—Tranquila, estoy bien. ¿Qué ha pasado, amor? ¿Quién ha hecho esto?

—Están intentando confirmar quién ha sido la persona que ha filtrado mi foto y la zona en la que vivo. Pero es alguien del personal de la editorial. En las últimas semanas, hemos reducido el equipo y nos hemos quedado con las personas bases y que hacen todo el trabajo para mí. Había un par de ayudantes y asesores que no estaban haciendo bien su trabajo y no aportaban nada nuevo. Están siguiendo el rastro de la cuenta, en unas horas se sabrá quién de ellos ha sido.

—No me lo puedo creer.

—Es increíble. Puedo llegar a entender que esté enfadado o enfadada por no estar dentro de mi equipo, por tener que cambiar de trabajo incluso. Pero hacerme esto es demasiado. Tengo que escribir un comunicado pidiendo tiempo y paciencia, y sobre todo respeto hacia mi persona y hacia ti también, por supuesto. Han subido fotos nuestras y supongo que ahora ya todo el mundo sabe quién eres y que somos pareja —asiento.

—He desactivado mis redes sociales hasta que todo se calme.

—Yo he hecho lo mismo. El comunicado lo subirá mi repre, y tendré reuniones para modificar mis perfiles. Aunque, por supuesto, mi vida personal, nuestra vida, no se publicará. No lo voy a permitir.

—Yo también lo prefiero así.

—Juegas con la ventaja de tu pseudónimo —dice entonces Francis—. Has jugado él y todos te conocerán por ese nombre, aunque sepan quién eres físicamente. De puertas para afuera, serás Becky Loz, y de puertas para adentro Bárbara. Y eso nadie te lo va a arrebatar.

—Si, lo mismo ha pensado mi editor. En la editorial, excepto él y algún directivo, todos me conocen como Becky, así que es un gran paso y una grandísima ventaja.

Durante los siguientes minutos, hablamos y conversamos del tema, así como los cuidados que debemos tener a la hora de salir de casa estos días debido a la novedad. Ella no pisará la calle en unos días, hasta que todo se calme y el comunicado se comparta. Y, sin pensarlo, decido hacer lo mismo. Aún no he cogido días de vacaciones y, viendo la repercusión que hay en las redes

sociales, creo que mi jefe me echará un cable. Debemos esperar a que todo vuelva a la normalidad, dentro de lo que cabe, y así poder volver a nuestra rutina, con alguna que otra novedad, está claro. El tiempo es nuestro mayor aliado.

Capítulo 19

Bárbara

Después de pasar la tarde hablando con Helena y Francis, estoy mucho más calmada. Aunque eso no significa que no esté enfadada con la persona que ha hecho esto. He decidido esperar hasta mañana para redactar ese comunicado que verá la luz en pocos días. Me han sacado literalmente del armario y es algo que no voy a perdonar fácilmente. Aunque todo se verá, al fin y al cabo, yo no soy una persona mala y no sé cómo voy a reaccionar cuando esté delante de la persona en cuestión. El caso es que no se lo voy a poner fácil.

Pero en este momento no me preocupa cómo pueda repercutirme a mí. Me preocupa cómo le afectará a Helena, y en su propio trabajo. Vale, sí, ella ya era conocida prácticamente en redes sociales, pero este aluvión de noticias y fotos le van a complicar mucho su día a día, y no me gusta.

—¿Te encuentras bien?

Su voz me saca de mi propio pensamiento. Me he tumbado en la cama mientras ella terminaba su rutina en el baño y prácticamente me he quedado en babia, mirando un punto del techo, pensando en todo lo que nos ha pasado en el día de hoy. No contesto hasta que se tumba a mi lado y me abraza.

—Sí, sí, estoy bien. Pensaba en lo complicado que todo va a ser ahora. Y lo que pase conmigo no me preocupa, pero sí cómo te afecte a ti en tu trabajo, en tu vida diaria. No quiero que te persigan por la calle por mi culpa, o no te dejen tranquila en el trabajo. Jamás podré perdonarme esto —me lamento al mismo tiempo que me tapo la cara con las manos. Llevo toda la tarde guardándome las lágrimas, pero no puedo más.

—Nada de esto es tu culpa, amor. Y puedes estar tranquila por mí, no va a pasar nada y mucho menos afectará a mi trabajo. Yo voy a seguir con mi rutina, no voy a enfrentarme a esas cámaras en caso de que me sigan. Uno de los motivos por los que vamos a escribir ese comunicado es para que eso no ocurra. Y, si las aguas no se calman, tomaremos cartas en el asunto. Es nuestra vida, nuestra privacidad, nuestro trabajo. No vamos a dejar que jueguen con eso.

Escuchar esas palabras de su voz me alivian más de lo que podía imaginar. La miro, sonrío agradecida y vuelvo a abrazarla. He tenido que hacer algo muy bueno en otra vida para tenerla a mi lado.

—¿Sabes ya que pasará con el chaval que publicó la foto?

—Tengo entendido que ya han tomado cartas en el asunto. Lo han relevado del puesto que iban a darle. No sé si terminarán por despedirlo, aún tienen conversaciones pendientes. Pero si quiere mantener su contrato tendrá que trabajar mucho más para merecerlo.

—Yo en lugar de tu jefe ya lo habría despedido.

—Ya... Les pedí que no lo hicieran.

Helena se incorpora de un salto, con los ojos desorbitados, y me mira en silencio.

—Es un chico de veintidós años que ha actuado por impulso. Es el único de su familia que lleva algo de dinero a casa. Y estoy muy enfadada, pero no quiero quitarle el pan a nadie. No quiero ser tan mala persona como ha sido él.

—Tú… tú eres un cielo de persona —suelta antes de sentarse a horcajadas sobre mi cintura y

besarme como si no hubiese un mañana—. Ese chico no sabe la suerte que ha tenido. ¿Hablarás con él?

—Sí, el lunes tengo que ir a la oficina para reunirme con el equipo para darles el comunicado y darle un lavado de cara a mis perfiles. Aprovecharé para buscarlo y sentarme con él.

—Sé dura con él. Tiene que aprender la lección.

—Ya le ha visto las orejas al lobo. En cuanto me vea aparecer, no se atreverá ni a mirarme, estoy segura. Esto no es más que una oportunidad, y deberá ganársela.

—Esa es mi chica —dice con una sonrisa antes de besarme.

Ese último beso es mucho más íntimo y húmedo de lo que imaginaba. Tanto que mis caderas han temblado y han buscado las suyas con rapidez, necesitando ese contacto que calmará las cosquillas que la recorren. Sonríe sin separarse, sabe lo que ha provocado con ese simple beso, y lo que es mejor, sabe cómo ponerle solución.

La camiseta de mi pijama no tarda en desaparecer de mi cuerpo, dejando mi pecho al aire y totalmente libre para ella. Los besa, lame y muerde a su antojo, hasta saciarse de ellos. Mientras tanto, ha aprovechado para terminar de desvestirme, dejándome completamente desnuda.

Está de rodillas entre mis piernas, observándome, acariciando el interior de mis muslos con sus dedos, haciéndome temblar de nuevo. Mojando mi entrepierna como solo ella sabe. Suspiro y agarro las sábanas con fuerzas cuando se acomoda y besa cada centímetro de mi sexo. Lo hace con calma, tomándose su tiempo, saboreándolo como si de un helado se tratara. Su lengua recorre mis pliegues, humedeciendo cada uno de ellos a su paso, más, si eso es posible, porque yo ya estaba completamente mojada cuando ha empezado. De hecho, al darse cuenta, me ha mirado y ha sonreído, regalándome una sutil caricia en mi sexo antes de saborearlo.

Sin previo aviso, dos de sus dedos se cuelan en mi interior haciéndome gemir al instante. Entra y sale lentamente mientras su lengua se divierte con mi intimidad, provocando ese orgasmo que se forma en mi interior cada vez más rápido. Cuando estoy a punto de llegar, ralentiza el movimiento, tiemblo cuando lo hace y sube hasta mis labios para besarme. Noto mi propia humedad en sus labios.

—¿Tienes prisa? —cuestiona con picardía.

Niego rápidamente, soy incapaz de verbalizar lo que me está haciendo sentir en ese momento. Sus dedos siguen entrando y saliendo sin parar. Me tiene completamente a su merced.

—Más te vale, voy a tomarme mi tiempo —asegura antes de abandonar mis labios y colocarse de nuevo entre mis piernas.

Los siguientes minutos pasan entre gemidos, suspiros, besos y algún que otro improvisado mordisco que han provocado que estalle sobre su propia boca en dos ocasiones.

No imaginé que mi noche fuese a terminar de este modo. De hecho, llegué a pensar que no pegaría ojo con todo lo sucedido. Sin embargo, después de dos orgasmos y una nueva sesión de besos y caricias, me quedo dormida en sus brazos. Su cariño y sus mimos han hecho que me relaje de tal manera que no pueda ni abrir mis ojos.

Sinceramente, era lo que necesitaba, no pensar y dormir para verlo todo con mayor claridad. Y está claro que ha conseguido que sea así.

Capítulo 20

Bárbara

—Puedo ir contigo si lo necesitas, amor.

Helena se ha ofrecido para acompañarme a la oficina, y, aunque se lo agradezco enormemente, prefiero ir sola. Voy a tener muchas reuniones y no quiero que se pase la mañana en una oficina sin hacer nada.

Mientras desayunábamos, ha estado hablando con su hermana y aprovechará la mañana junto a ella y su padre. Deben contarle lo sucedido para que no se lleve ninguna sorpresa.

Llego a la oficina media hora antes de lo acordado con mi editor y mi representante, sé que ambos están presentes y yo quiero terminar todo lo más rápido posible. Cuando las puertas del ascensor se abren y los pocos que están allí me ven, se hace el silencio. Sigo enfadada, y es evidente en mi expresión. Voy hasta el despacho de mi editor —sus puertas son de cristal, así que me ve llegar y me abre antes de poder hacerlo yo— y nada más entrar me siento frente a él.

—¿Cómo estás?

—Pues me encantaría decirte que bien, pero sabes que no es así.

—Siento mucho cómo ha sucedido todo esto, de verdad.

—De nada vale lamentarse ya, Javier, lo hecho, hecho está.

—¿Has podido redactar el comunicado? —le paso la carpeta que llevo en la mano. De ella saca dos folios completos que lee al momento—. ¿Tu pareja está bien? Por lo que he podido ver, también comparte videos en sus redes sociales.

—Sí, lo hace por entretenimiento y para ayudar, por su profesión —asiente mientras escucha, así que significa que ha repasado el perfil de Helena de arriba a abajo.

—Esto está muy bien, y además está escrito por ambas, creo que es un buen punto para calmar las aguas con respecto a vuestra pareja.

—No vamos a dejar que nuestra vida privada salga a la luz, Javier. Y, si eso ocurre, tengo muy claro que dejaré las redes sociales. No me va a temblar el pulso en nada. Y a ella tampoco. Si la prensa la acosa o llega a interferir en su trabajo, tomaré cartas en el asunto.

—Tranquila, con el comunicado queda claro. Y tengo algunos contactos dentro de prensa a los que voy a llamar en cuanto lo publique. No quiero problemas.

—Bien, te lo agradezco.

Minutos después, nos ponemos a trabajar junto con mi representante. Pulimos el comunicado, lo publicamos y junto al equipo de diseño, le damos un lavado de cara a mis perfiles. Finalmente, el avatar que tenía como imagen de perfil se ha intercambiado por una fotografía personal, de hecho, es una de esas que tenía preparada para, llegado el momento, utilizarlas en mis biografías o para carteles de promoción. No llegué a pensar que la utilizaría tan pronto.

Cuando todo el trabajo está terminado, le pido a Javier que me lleve hasta el chico que ha causado toda esta bomba de relojería en mi vida. Tengo la sensación de que no le han avisado de que estaba en la oficina, pues en cuanto me ha visto, sus ojos casi se salen de la impresión.

—Quiere hablar contigo.

—Sí, cla-claro.

—Os dejo a solas.

—Gracias —le agradezco antes de que cierre la puerta del despacho en el que nos

encontramos.

Con un gesto, le pido que se siente y yo lo hago justo enfrente. No sé por dónde empezar, lo que sí sé es que estoy controlando mi respiración y mis nervios para no alzar la voz y dar un espectáculo, aunque se lo merece.

—¿Sabes por qué sigues trabajando aquí?

—Para ser sincero, no. Yo quería…

—No, déjame hablar a mí, creo que ya has hecho bastante —nota que estoy muy enfadada, asiente y me mira—. Si estás aquí es porque les he pedido que no te despidan —me mira sorprendido—. Has trabajado conmigo poco tiempo, Marco, pero te conozco y sé que necesitas el dinero y que este es un trabajo que te gusta. Por eso no entiendo nada de lo que has hecho. No eres consciente de todo lo que has provocado en mi vida con una simple foto. Yo no quería ser una imagen pública y, ahora, todo lo que había construido durante todos estos años se ha desmoronado y debo actuar y adaptarme rápido. Para mí, es complicado esto, más de lo que pueda parecer, pero eso ya da igual.

Nos quedamos en silencio unos segundos, no he podido evitar dejar que unas lágrimas rebasen mis ojos.

—Comprendo que estuvieras enfadado por la salida del equipo, pero teníamos otro puesto para ti en el que ibas a poder lucirte mucho más como asesor. Y en cambio ahora, estás aquí, haciendo fotocopias. ¿De verdad te ha compensado tomar esa decisión?

—No.

—Les he pedido que te den una oportunidad. Van a ofrecerte de nuevo ese puesto y vas a estar a prueba un mes. Voy a estar pendiente de que cumplas. Pero tendrás que ganártelo con mucho esfuerzo y dedicación. De no ser así, yo misma te despediré, ¿me has escuchado?

—Sí. Podrá… ¿Podrá perdonarme?

—No es algo que pueda perdonar tan fácilmente, Marco, es un daño emocional que quizás no comprendas, pero que tardará en marcharse. Y en este momento no puedo hacerlo. Solo te pido que aproveches esta oportunidad y no vuelvas a decepcionar a nadie del equipo. Otra persona en mi lugar no habría movido un dedo por ti —asiente, sabe que es así—. Espero al menos que esto te haga aprender algo.

Sin dejar que diga nada, me levanto y salgo de allí. Salgo antes de que mi alter ego se vuelva más loca y le lance sobre él para hacerle pagar todo lo que ha provocado. Llego de nuevo al despacho de Javier y recojo mis cosas para marcharme, pronto será la hora de comer y necesito ver a Helena y que me abrace durante un buen rato para poder calmarme. Sé que solo ella lo conseguirá.

—Quiero que me informes de cómo trabaja el chico, quiero saberlo todo. Si en un mes no ha cumplido con lo que hemos hablado, yo misma me encargaré de llevarlo hasta la salida. No se lo voy a poner tan fácil.

—Tranquila, Bárbara, creo que eso no será necesario. Hablaré con él ahora mismo y mañana estará en su puesto.

—Bien… gracias por todo. Yo voy a marcharme, necesito llegar a casa y olvidarme de esto.

—¿Cómo llevas el libro?

—A principios de la semana que viene, lo tendrás en tu correo. Me falta poco para terminar y le daré un repaso antes de enviártelo.

—Estupendo. Creo que debes ir pensando en el momento que has estado retrasando hasta ahora.

Hablamos mientras me acompaña al ascensor.

—Mi primera firma de libros —susurro.

—Te daremos tiempo, ¿de acuerdo? Así todo se calmará. Pero, después de todo lo sucedido, no podemos retrasarlo más.

—Lo sé, me prepararé mentalmente para ello y cuando esté lista lo organizamos.

—Estupendo —dice risueño.

No oír un “No” por mi parte ya es más que suficiente para él.

Capítulo 21

Helena

Sé que Bárbara está a punto de entrar en casa cuando oigo el rugir del motor de su coche. Francis, papá y yo le hemos preparado una buena comida en familia para reconfortarla y hacerla sentir mejor. Pipo es el primero que sale a correr cuando la puerta de casa se abre. Ella lo recibe con una sonrisa y con muchos mimos. Levanta la mirada y me descubre, apoyada en el marco de la puerta del salón, observándola. Corta distancias rápidamente y me besa y me abraza con fuerza.

—No sabes las ganas que tenía de llegar a casa y poder abrazarte —susurra sin despegarse.

—¿Cómo ha ido todo?

—El comunicado está publicado, los cambios en mis redes están hechos y he hablado con el chico.

—Estoy deseando que me cuentes cómo ha sido esa conversación, pero hay dos personitas aquí esperándote —añado mientras cojo sus manos y nos dirijo hasta la cocina.

Cuando los ve, sus ojos brillan y sonríe feliz. Abraza a Francis con alegría y, aunque lo ha dudado por un momento, mi padre también se ha unido a ese abrazo. Cada gesto por su parte hace que Bárbara se sienta aún más parte de la familia. Y no sabe lo feliz que me hace esto.

La comida es una auténtica delicia. Hemos hablado brevemente de todo lo acontecido, pero lo hemos dejado en un segundo plano, cosa que agradezco ya que bastante hemos tenido que soportar en las últimas horas. Después del café, Francis y mi padre se marchan y nos dejan a solas.

—¿Qué te parece si nos tomamos un buen baño calentito y pasamos el resto de la tarde viendo alguna peli? —propongo antes de sentarme a su lado.

—Es un planazo, cariño.

—Voy a prepararlo —dejo un beso en su mejilla y me dirijo al baño.

Pongo a llenar la bañera que tiene justo en el centro del baño. Siempre he querido algo así en casa, pero no tenía suficiente espacio y, aunque la disfrutaría sola, nunca he dado el paso de comprarla. En compañía se disfruta mucho más, está claro. Añado una bomba de agua de color azul que tiene un aroma frutal bastante increíble. Coloco las toallas y dejo todo dispuesto antes de ir a buscarla. Sin embargo, al abrir la puerta del baño, ella está sentada en la cama, desabrochando sus botas y quitándose la ropa.

No le digo nada, con una simple mirada y al mismo tiempo que empiezo a desvestirme, le pido que me acompañe y lo hace enseguida. A los pocos segundos, ambas estamos abrazadas y disfrutando del agua caliente. Es ella la que está apoyada en mi pecho, acariciando mis piernas y mis muslos debajo del agua. Mi piel se pone de gallina a cada instante, es un momento bastante placentero en todos los sentidos.

Aprovecho para masajear su cuello y sus hombros con calma, sintiendo cómo poco a poco se va relajando cada vez más. Cuando termino, suspira y se acomoda aún más sobre mi cuerpo.

—Gracias por esto, no sabes cómo necesitaba algo así.

—No me des las gracias, boba, me encanta cuidar de ti.

—Haces demasiado por mí.

—Hago todo lo que me nace del corazón por ti. Porque te quiero y quiero que seas feliz a mi

lado. Están siendo unos días bastante complicados y quiero hacerte sentir lo mejor posible.

—Pues lo estás consiguiendo, cariño.

Nos quedamos unos minutos en silencio, es Bárbara quién lo corta.

—Tú lo estás llevando muy bien, al menos eso me estás haciendo creer —sonrío.

—Lo llevo lo mejor que puedo. Sí es cierto que estoy nerviosa. Mañana, vuelvo al trabajo y sé que todo lo ocurrido ha llegado a mis compañeros, algunos de ellos me han enviado mensajes estos días, pero no me preocupa. Creo que hemos dejado todo bastante claro en ese comunicado. Además, no he vuelto a abrir mis redes, eso ayuda. Lo haré y volveré a subir vídeos cuando me sienta preparada.

—Me siento muy orgullosa de ti por todo el esfuerzo que supone esto. Y no sólo por esto, por todo. Eres una mujer increíble, y aún me cuesta creer que estés aquí a mi lado.

—Pues créelo, porque no voy a irme nunca, pase lo que pase. ¿Me oyes? —cuestiono antes de besar su cuello y su mejilla—. Ni el peor de los huracanes me moverá de tu lado.

Se gira con lentitud. Me mira y alza sus cejas, ese simple movimiento ha conseguido que todo mi cuerpo tiemble.

—¿Qué te ha hecho pensar que yo te dejaría escapar? —susurra pegándose más y más a mis labios.

Cojo aire, intentando formular palabras, pero no puedo. Su cuerpo desnudo está colocado sobre el mío, como dos piezas de puzle que encajan a la perfección. Su muslo termina rozando mi sexo haciéndome gemir al instante. Dejo caer mi cabeza hacia atrás, la apoyo sobre la bañera. Sus labios rozan mi cuello y mi pecho con dulzura. Mi piel arde, arde cada vez con más intensidad. Pierdo la capacidad de respirar cuando uno de sus dedos entra directo en mí. Lo deja dentro, acaricia mi interior al mismo tiempo que con su pulgar acaricia mi clítoris. Sabe que no tardaré en llegar, sabe que va a darme un orgasmo en apenas unos segundos. Besa y lame mis pechos, juega con ellos y cuando muerde uno de mis pezones, ese orgasmo se desata y me tensa todo el cuerpo.

Gimo, gimo como nunca antes. Escucho mi propio quejido gracias al eco de la habitación. Cuando sus manos acarician mi cintura y mi espalda, mi cuerpo consigue relajarse, sumiéndose en un estado de reposo y calma que nunca había sentido y que me hace sonreír.

Siento como se acerca a mí, apoya su cabeza en mi hombro y susurra algo antes de abrazarnos y convertirnos en una:

—No dejaré que nadie te borre nunca esa sonrisa.

Capítulo 22

Bárbara

Tras el maravilloso baño y una cena romántica que hemos improvisado justo después, nos sentamos juntas en uno de los sillones del salón. Nos acomodamos y, mientras yo le doy un repaso en mi iPad a las últimas escenas que he escrito de mi último libro después de cenar, ella sigue con su lectura actual. Ninguna de las dos hemos parado en todo el día y necesitábamos este pequeño momento de silencio y tranquilidad. Un silencio bastante cómodo que solo es interrumpido por el pequeño Pipo, que va y viene de vez en cuando en busca de mimos.

—¿Te importaría leer este último capítulo? —le propongo al terminar—. Sé que no has leído nada, pero te hago un pequeño resumen para que entiendas la situación que atraviesan al final.

—A ver, habla mientras lo leo.

A medida que avanza en la lectura, le cuento los puntos esenciales sin entrar demasiado en detalle pues no quiero chafarle nada de la trama. Sí, está leyendo el capítulo final y sabe que es un final feliz. Pero ha sido ella la que no ha querido leerlo. Sus palabras fueron claras: “Soy chica de libros en físico, cuando tengas tu primera copia lo leeré y te daré mi opinión”. Y no la culpo, yo también prefiero leerlo del mismo modo. No hay nada mejor que un buen libro, su olor a nuevo y el tacto de sus páginas al pasarlas durante la lectura.

Unos minutos después, comentamos lo que ha leído.

—Me encanta. Tengo mucha curiosidad por conocer la trama de estas chicas, Alba y Amelia, pero son dos protagonistas fantásticas. Luchan por su relación hasta el final y eso es muy bonito. Y esa escena de la ducha, ¡puf! Voy a tener que dejarte entrar conmigo en la ducha de vez en cuando —bromea, haciéndome reír.

—Cuando tú quieras, amor —susurro sonriente antes de besarla—. Entonces, ¿te gusta el final?

—Muchísimo, además has metido a la familia, esa pizca de humor con la tía de Alba… Creo que va a gustar muchísimo.

—¿Crees que se ve avance entre esta y la anterior?

—Sí, has profundizado mucho más en los sentimientos de las protagonistas, lo he sentido mucho más real y cercano. Te ayuda a sentirte identificada con ellas mucho más rápido. Personalmente me encanta.

—Me quitas un peso de encima —añado contenta—. Creí que me había pasado de cursi.

—Para nada, Bárbara, es perfecta tal y como es, te lo aseguro.

—Bien…

—¿Esto es lo que has escrito después de la cena?

—Sí, he tenido un momento de inspiración y quería aprovecharlo para terminar la novela. Iba a ser un final diferente, un poco más largo y con un par de capítulos más. Pero creo que así es perfecto. El resto que quería contar es más bien paja después de todo, situaciones que el lector se puede imaginar perfectamente sin necesidad de escribirlo. Así que lo he reducido.

—Pues ha sido buena idea. ¿Tienes título?

—Por y para siempre. ¿Qué te parece?

—Me gusta mucho.

—Es la promesa que se hacen las protagonistas durante todo el libro.

—Entonces, no hay más que decir, es perfecto.

—¿Sí? Porque me cuesta mucho poner títulos, y con esta historia no quiero fastidiarla.

—No, de verdad, está muy bien… Eres más insegura de lo que dejas ver, ¿eh? —apunta con gracia.

—Bueno, a veces la impostora que llevo dentro me pega cada tirón…

—Pues a esa impostora la vamos a tener que callar.

—¿Cómo?

—A besos, por ejemplo.

Deja el iPad sobre la mesa e inmediatamente se sienta a horcajadas en mis piernas. Me besa durante varios minutos y toda esa inseguridad que he sentido, se esfuma enseguida.

—Llevo muchos años siguiendo tu trabajo, y te puedo asegurar que cada libro que has sacado es mejor y mucho más especial. Has evolucionado muchísimo, se nota la calidad, la manera en la que te expresas, el modo tan íntimo en el que dejas los sentimientos… Eres una escritora brillante, Bárbara, y sé que no soy la única que lo piensa. Tienes miles de lectores y lectoras que corroboran lo que digo.

La miro durante un buen rato, en silencio, sonriendo.

—¿Te cuento un secreto?

—Claro.

—Me encanta conocer la opinión de mis lectoras. Pero, sin duda y desde el momento en el que te conocí, la más importante y la que es esencial para mí es la tuya. Eres todo para mí, Helena, todo. Eres un bendito regalo que a veces ni me merezco. Y tengo la jodida suerte de ser correspondida por ti de la misma manera. ¿Sabes cómo me hace sentir eso?

Sus ojos se van llenando de lágrimas a medida que me escucha. Niega como respuesta.

—Me hace sentir feliz, como nunca antes lo había sido.

—Te quiero, Bárbara.

—Yo también te quiero a ti, Helena, muchísimo —digo al mismo tiempo que la abrazo con fuerza. Pasamos un buen rato en la misma posición, no queremos movernos ni por asomo—. Mañana vuelves al trabajo, ¿verdad?

—Ahá —susurra en mi cuello.

—¿Tienes ganas?

—Muchas. Amo mi trabajo, lo sabes —asiento—. ¿Tú que harás?

—Darle una última corrección al libro, hacer algunas promociones que tengo pendientes y darle vueltas a un asunto.

—¿Puedo saber de qué asunto se trata?

—Mi primera firma de libros. Siendo una persona pública, ya no puedo retrasarla más. Y puede que con este libro haya llegado el momento de empezar.

Nota mis nervios al respecto. Deshace el abrazo y me mira. Acuna mi cara en sus manos con ternura.

—Irá bien, tienes un magnífico equipo, un gran público que te va a acompañar…

—¿Y tú?

—Yo voy a estar siempre ahí, a tu lado. ¿Recuerdas que lo prometimos? —alza su meñique frente a mis ojos—. Siempre de la mano, amor.

Alzo el mío con una sonrisa y lo entrelazo rápidamente.

—Siempre de la mano, mi vida, siempre.

Capítulo 23

Unas semanas más tarde

Bárbara

Doy vueltas por el jardín de casa mientras la espero. Estoy nerviosa, mucho. Tiene en sus manos la primera copia de mi libro y no le queda nada para terminar de leerlo. Me entretengo jugando con Pipo. Le tiro la pelota varias veces hasta que, en una de las ocasiones, corre hacia el interior de casa. Me giro y Helena está en la puerta. El pequeñajo ha ido para recibir sus mimos. Yo hubiese hecho lo mismo en su lugar. En pocos segundos, corre de nuevo a por la pelota y se la entrega a ella.

—Habéis estado muy entretenidos —apunta cuando lanza la pelota y Pipo va de nuevo detrás de ella.

—Me comían los nervios y me puse a jugar con él.

Mi mirada es directa, necesito que me diga qué le ha parecido. En cuanto dé el *OK* a la editorial, sacaremos la fecha de publicación. Me mira y se ríe, está jugando con mi paciencia y lo sabe. Coge mis manos, las acaricia y me besa.

—Es preciosa, exquisita —susurra muy cerca de mis labios—. Es la primera vez que he visto un poquito de ti en cada una de ellas.

Me sonrojo, es cierto. Mis sentimientos están tan a flor de piel que ha sido imposible no dejarles algo de mí.

—Son dos protagonistas tan bonitas, cercanas y sinceras… La relación tiene una gran base de respeto y sinceridad… No sé, amor, no hay nada malo que pueda decirte de ellas.

No digo nada, sonrío y la abrazo. Tener a alguien con quien poder contar en este proceso es de lo mejor que me ha pasado nunca.

—¿Tú estás contenta con el resultado? —cuestiona mirándome.

—Sí, por supuesto.

—Pues eso es lo más importante. Recuerda que escribes por y para ti, tiene que gustarte a ti antes que a nadie.

—Lo sé, pero tu opinión también me importa mucho.

—¿Y si te hubiese criticado alguna parte?

—Lo hablaría contigo para entender tu punto de vista. No todos recibimos la información del mismo modo, son diferentes puntos de vista. Y es normal no gustar a todo el mundo.

—Lo tienes muy claro.

—Muchísimo. Esto es algo que he trabajado a lo largo de los años. Hay novelas que no han gustado tanto como otras, y es totalmente respetable. Como bien me dijo una compañera una vez, para gusto los colores. Siempre y cuando los comentarios no sean ofensivos, ahí ya no entro. Hay gente muy dañina en este mundo.

—Sí, las que no tienen una vida propia —ambas reímos, tiene toda la razón.

Nada más terminar y enviarle un mensaje a mi editor diciéndole: “Perfecto, seguimos adelante”, nos preparamos para comer con Francis y con Emilio. Hace bastante sol esta mañana y comeremos en el jardín de Emilio a petición suya.

En las últimas semanas, estas quedadas han aumentado considerablemente. Pasar tiempo con su familia nos está ayudando a afianzar mucho más nuestra relación. Y, por otro lado, me he

acercado mucho más a mi suegro. Poco a poco, me estoy ganando su confianza y cada día se suelta más conmigo, cosa que agradezco, pues me hace la situación mucho más fácil.

Esta misma tarde, me quedo a solas con él mientras Helena y Francis preparan la merienda. Emilio se levanta y camina lentamente para ver algunos rosales que tan bien cuidados tiene.

—Bárbara, hija, acércate.

Sonrío al escucharlo, que me nombre como una hija me hace muy feliz, no sabe cuánto.

Me levanto y lo sigo. Me habla de cada una de las plantas por las que pasamos. Yo lo escucho, atentamente, sin decir nada.

—¿Sabes cuál es la flor favorita de Helena?

—Los tulipanes rosas. Siempre dice que le recuerdan a su madre.

—Así es. Son flores que transmiten calidez y elegancia. Es lo que mi mujer decía siempre. Y es que así era ella, preciosa y elegante hasta el final de sus días.

—La amaba mucho, ¿no es así?

—La sigo amando, aunque no esté —aporta melancólico—, no hay día que no me acuerde de ella.

—Eso es muy bonito, Emilio.

—Vosotras os miráis como mi mujer y yo lo hicimos durante toda nuestra relación. Creo que nunca he visto a nadie mirar a Helena como tú lo haces, Bárbara. La relación que tenéis es buena, fuerte, y eso me gusta mucho. Confío en que la quieras y la ames hasta el final.

—La amaré hasta mi último día de vida, Emilio, se lo aseguro. Nunca he querido a nadie como quiero a Helena. Lo que tenemos es tan… increíble, intenso. Es mi mejor regalo y mi mayor tesoro. Y eso nada ni nadie podrá cambiarlo nunca.

—Me ha dicho que estáis buscando una casa en las afueras.

—Sí, queremos tener nuestro propio hogar, empezarlo de cero. Y en una zona tranquila. A mi esa paz me ayuda mucho a escribir, y Helena tiene el hospital más cerca. Hemos visto algunas y lo cierto es que nos encantan.

—¿Habéis decidido?

—No, la verdad es que queríamos que tú nos acompañaras en nuestra próxima visita. Tienes muy buen ojo y seguro que puedes echarnos una mano.

—¿De verdad queréis mi opinión?

—Por supuesto, Emilio.

Parece que le sorprende, su gesto así me lo ha confirmado, pero sé que está contento. Involucrarlo en este proceso es algo que Helena y yo teníamos claro desde un primer momento. Según me han contado ambas hermanas, Emilio ha sido uno de los mejores decoradores durante toda su juventud. Trabajó de ello muy poco tiempo, y siempre se le quedó esa pequeña espinita por no haber podido seguir su formación de ello en su etapa adulta. Le encanta ver terrenos, casas vacías… su cabeza crea miles de posibilidades en cuestión de segundos. Cuando Francis encontró su piso, también participó en su compra y decoración, y según ella, fueron meses muy felices para él. Así que, ahora que tenemos una nueva oportunidad, y más en este momento que está jubilado, nos acompañará de nuevo. Ambas hermanas están de acuerdo en que necesita estar ocupado y esto le vendrá bien.

Ambos observamos como Francis y Helena vuelven con la merienda, pero antes de acercarnos a ellas, me frena.

—Hay una pregunta que quiero hacerte, sin embargo, es un poco personal.

—Puede hacerla sin problema. Siempre has sido muy claro y directo conmigo, y yo también

lo seré con usted.

—¿Tú quieres ser madre?

—¿Le cuento un secreto? —me acerco un poco más a él y me agarro de su brazo con confianza—. Es un deseo que tengo desde hace muchos años. Pero nunca ha llegado la persona adecuada —en ese momento miro a Helena, que habla tranquilamente con su hermana—. Hasta ahora. Aunque no hemos hablado de eso aún, es un poco pronto.

—Lo entiendo. Pero yo conozco los deseos de mi hija —lo miro tranquila— y sé que ella también desea ser madre. Supongo que, llegado el momento, se dará esa conversación.

—Yo también lo espero.

—Quiero que me hagáis abuelo, eh —añade entonces con una sonrisa—. Francis no quiere hijos ni por asomo, pero vosotras sí. Así que espero que sea más pronto que tarde, que me hago mayor.

—Anda ya, no diga eso, si está hecho un chaval.

Las bromas entre ambos siguen a medida que nos acercamos de nuevo a la mesa para merendar. Helena me mira y sonríe cuando nos sentamos, sé que nos ha estado observando al salir y que le encanta que su padre y yo tengamos esta relación. Parece que poco a poco todo va tomando su camino, y eso nos hace muy felices a ambas.

Capítulo 24

Helena

Han pasado varias semanas desde que mi relación con Bárbara salió a la luz. Este proceso de normalización dentro del trabajo ha sido un poco complicado, ya que todos quieren saber cómo sucedió. Aunque las personas que trabajaron conmigo en su caso se lo llegan a imaginar, pues nunca me comporté con un paciente como lo hice con ella.

Por suerte, a estas alturas, todo se ha tranquilizado. El ambiente está más calmado y puedo hacer mi trabajo al ritmo habitual. Hay alguna que otra mirada o cuchicheo, pero ya estoy acostumbrada y no les hago demasiado caso.

Sin embargo, cuando voy de camino a mi despacho para cambiarme y salir, pues ya ha terminado mi turno, veo a varias compañeras correr a la entrada. Estas carreras son normales cuando hay alguna urgencia. No obstante, al salir, descubro que no hay ninguna urgencia. Ha sido mi novia la causante de ese revuelo en las puertas del hospital.

Me quedo algo más atrás, sonriendo y observando como mis compañeros le piden firmas y fotos. Cuando descubren que estoy ahí, se apartan. Es la primera vez que viene a recogerme al trabajo desde su accidente y, como es normal, han aprovechado el momento ya que no ocurrirá muy a menudo.

—Vaya recibimiento —apunto cuando me acerco a ella.

Me sonríe y puedo asegurar que ese pequeño gesto provoca que todas mis energías se renueven al instante.

Cruzo mis brazos sobre su cuello y ella rodea mis caderas antes de besarme. Siento la mirada de algunos compañeros que están en la puerta descansando, y de otros muchos que no dejarán de mirarnos hasta que nos vayamos. No obstante, nada de eso me frena. No voy a dejar de ser como soy ni tampoco de darle todas las muestras de cariño a mi novia porque nos miren.

—No me acostumbro a que me pidan fotos y firmas —susurra en cuanto se separa.

—Siento ser tan sincera, pero es lo que te queda, te irás acostumbrando con el tiempo.

—Sí, así es. Poco a poco.

Sonrío y vuelvo a besarla. Nos marchamos y nos despedimos de los compañeros que están en la puerta con la mano. Todos están muy sonrientes y parece que se alegran por nosotras.

Al llegar al coche, dejo mi maletín en el asiento trasero antes de sentarme en el del copiloto.

—He hablado con tu padre. Me ofrecí a recogerlo después de ti, pero me dijo que iba por su cuenta. Así no dábamos tantas vueltas con el coche.

—Vale, gracias por llamarlo, yo no he tenido tiempo en toda la mañana.

—Está muy ilusionado y contento por ver la casa.

—Lo sé, hacía mucho que no lo veía tan radiante la verdad. Además, nos vendrá muy bien su ayuda. Creo que esta casa es perfecta.

Tardamos poco más de quince minutos en llegar. Este poco tiempo es uno de los pros que tiene la casa. Actualmente, hago entre treinta y cuarenta minutos de trayecto dependiendo del tráfico y en días complicados es demasiado largo, provoca que llegue mucho más cansada.

Nada más llegar a la calle en cuestión, vemos a mi padre apoyado en su todoterreno frente a la casa. La mira y la observa con calma. Aparcamos justo detrás y no tardamos en bajar. Dentro, nos espera la mujer de la inmobiliaria con la que estamos trabajando. Vuelve a hacernos un tour

para poder enseñarle a mi padre cada rincón.

La casa tiene dos plantas y un jardín trasero de buen tamaño. Nada más entrar, encontramos un recibidor bastante amplio y acogedor. A mano derecha, podemos encontrar una habitación de invitados y justo enfrente un baño. Al seguir en línea recta, entramos directamente en el salón comedor, tiene espacio suficiente para poner una mesa y también unos sillones o incluso un *chaise longue*. Y, junto al salón, a mano izquierda, encontramos la cocina. En este momento, está separada del salón, pero según nos han dicho, podemos tirar la pared y poner una isla, haciendo el espacio abierto y conectando todas las estancias. Esto es algo que nos gusta mucho en nuestras respectivas casas y que vamos a reformar antes de mudarnos. Ambas estancias conectan directamente con el jardín, el cual está en perfectas condiciones y no necesita demasiado mantenimiento.

En la segunda planta, tenemos tres habitaciones y dos baños. Dos de las tres habitaciones son más pequeñas y tienen justo enfrente uno de los baños. De estas dos, una es lo bastante grande para que Bárbara lo utilice como estudio para trabajar, e incluso cabe algo más de mobiliario para mis libros y papeleo de mi trabajo. Será nuestro despacho compartido. El resto de nuestros libros estarán en una gran estantería en el salón. Y, por último, la habitación matrimonial. Cuenta con su propio baño y vestidor, estancia que nos enamoró a ambas en el primer momento.

La casa también cuenta con un garaje, y nos viene bastante bien para guardar uno de los coches. El otro se quedará en la puerta pues hay sitio de sobra, es un barrio tan tranquilo que no tendremos problemas de aparcamiento.

Al terminar la visita, la mujer que nos acompaña necesita hacer una llamada y nos deja a solas en el piso de arriba.

—¿Qué te parece papá?

—Es una casa estupenda. Bastante nueva por lo que veo y con mucho espacio para las dos.

—Es lo que más nos gustó a ambas —dice Bárbara—. Podemos tener nuestro propio despacho, mucho espacio para nosotras e invitados…

—Sí, y la mayoría de nuestros muebles van que ni pintado. La última vez hicimos algunas medidas y podemos aprovecharlos casi todos, con lo que nos ahorramos un buen dinero. Habría que pintar alguno, pero es algo rápido y que podemos hacer nosotras sin problemas.

—Es perfecta, y conozco a alguien de confianza que os hará la reforma de la cocina. Puedo supervisarla si os parece bien y así no dejáis vuestro trabajo. Vais a necesitar ayuda con la mudanza y me gustaría echaros una mano.

—¿No será demasiado papá?

—No, hija, ya sabes que estos procesos me gustan, me encantan. Poder supervisar y ayudar en vuestra nueva casa no es trabajo para mí, os lo puedo asegurar.

—Me vendrá muy bien su compañía, Emilio. Yo tengo unas semanas libres de trabajo, hasta la firma de libros y quiero empezar con la reforma y la mudanza, así Helena no tiene que coger días en su trabajo.

—Perfecto entonces —añade contento—. Mi nuera y yo nos encargaremos.

Los tres reímos. Por supuesto, fuera de mi horario laboral vendré para seguir ayudando. Pero que me ayuden y no tener que pedir esos días para poder aprovecharlos más adelante, me viene de maravilla.

Finalmente, y una vez que hemos confirmado que nos quedamos con ella, empezamos con todo el papeleo necesario. En este caso, contamos también con el abogado y el gestor de Bárbara. Desde que empezó su carrera como escritora, forman parte de su equipo y al consultarle varias

dudas sobre el papeleo, se ofrecieron a ayudarnos y así poder centrarnos en lo importante y no perder tiempo, pues ellos se encargan directamente.

Es una auténtica suerte, la verdad, y no he parado hasta convencer a Bárbara de pagarle esta gestión a ambos entre los dos. Pues es una ayuda con la que no contaba y no voy a hacer que ella sola cargue con este gasto. Se ha rodeado de personas muy profesionales y en las que se puede confiar ciegamente, me hace sentir segura y muy feliz, sobre todo por ella, pues la cuidan mucho y eso es lo más importante para mí.

Capítulo 25

Bárbara

—Había pensado que, como nos estamos quedando más tiempo en tu casa, y además ya podemos empezar a amueblar nuestra nueva casa, puedo ir llevando varios de los muebles que hablamos de la mía. Así la voy vaciando, puedo limpiarla y ponerla en alquiler, ¿qué te parece?

Hemos llegado hace unos minutos y no hemos dejado de darle vueltas a cómo vamos a distribuir todas nuestras cosas para encajarlas a la perfección en nuestro nuevo hogar. Todavía nos quedan unos meses por delante debido a la reforma de la cocina, pero en el resto de la casa podemos ir añadiendo cositas y así tenerlo todo prácticamente hecho cuando terminen.

—A mí me parece estupendo. Muchos de los muebles que tengo aquí también se pueden llevar sin ningún problema. Dejamos lo que necesitemos a diario y ya está.

—Podemos dejarlos mientras estemos aquí, por si acaso. Podemos vaciar mi casa y, en cuanto termine, ir llevando los muebles de aquí. Creo que para entonces ya estará la obra más encauzada y no supondrá problema.

—Me parece una idea perfecta, cariño.

A medida que comenzamos a hacer la cena, empiezo a reflexionar en todo lo que ha cambiado mi vida desde que conocí a Helena. Y, sobre todo, de lo mucho que hemos avanzado como pareja en respectivamente muy poco tiempo. No dejo de pensar en lo feliz que soy teniéndola a mi lado cada día, compartiendo nuestros mundos, mejorando personal y profesionalmente de la mano… Es absolutamente una locura, pero una locura muy bonita, una oportunidad que la vida me ha dado y que pienso aprovechar hasta el último de mis días.

—¿Alguna vez pensaste que nuestras vidas cambiarían tanto en tan poco tiempo? —le pregunto sin dejar de cocinar.

—No. Jamás imaginé que mi sueño se haría realidad y, mucho menos, después de tantas decepciones.

—Sé que me lo has dicho muchas veces, pero no me canso de escuchar ese sueño de tu voz —añado sonriente y sin dejar de mirarla.

Helena deja a un lado los cubiertos que tiene en la mano y se acerca lentamente a medida que su sonrisa se ensancha muy poco a poco.

—Mi sueño siempre fue encontrar a la mujer de mi vida con la que poder compartir todos mis sueños y esperanzas. La mujer con la que compartir cada minuto de mi vida y con la que poder crecer. Una mujer que me quiera, me valore, me respete, en la que poder confiar y que me dé la seguridad que necesito. Una mujer a la que amar cada día de mi vida sin excepción alguno.

—¿Y se hizo realidad? —cuestiono aun sabiendo la respuesta mientras mis brazos rodean sus caderas para evitar que se separe.

—Se hizo realidad en el momento en el que te conocí, Bárbara.

Sonrío, sé que es así. Y, de hecho, la comprendo al cien por cien. Yo tenía el mismo sueño y también se cumplió en el mismo instante. Sin perder un segundo, uno sus labios con los míos en un profundo beso que sella cada una de las promesas que nos hemos hecho en las últimas semanas.

—Una parte de mi tiene miedo en realidad —susurra sin separarse demasiado.

—¿Cuál es el motivo?

—De que todo lo que hemos conseguido ahora se vaya al traste por cualquier causa. Quiero decir, no hemos tenido ningún problema desde que nos conocimos. Ni siquiera hemos llegado a tener ninguna discusión…

—Bueno, al fin y al cabo, somos dos personas adultas que tienen las cosas muy claras y que, desde el comienzo, lo hemos dejado claro.

—Sí, pero, ¿y si ocurre?

—Pues nos sentaremos y conversaremos, amor. No voy a dejar que una situación X o cualquier malentendido o circunstancia inesperada rompa todo lo que estamos construyendo. Yo no quiero a otra persona en mi vida que no seas tú, y haré lo que haga falta por tenerte a mi lado el resto de mi vida. Somos humanas, Helena, y no somos perfectas. Habrá cosas que no nos gusten, que provoque alguna que otra conversación incómoda… Pero para eso estamos aquí, ¿no? Para hablar, sentar las bases, conocernos, avanzar, adaptarnos…

—Sí, tienes razón…

—Amor —levanto su mentón para poder mirarla a los ojos—. Yo te voy a querer toda mi vida, eres la persona más importante de toda mi existencia. Y haré lo imposible para que sea así hasta el último aliento de mi vida. Ya sabes que cualquier duda… me tienes aquí, nos sentamos y hablamos.

—Por esto te quiero tanto —añade sin apartar la mirada—. Eres capaz de calmar mis miedos, de darme la confianza y seguridad necesaria para seguir adelante. Eres una mujer tan increíble, y me siento tan afortunada de tenerte a mi lado…

—No eres la única que siente eso amor —digo abrazándola—. Creo que ambas hemos tenido mucha suerte.

—Muchísima. No te haces una idea.

Aprovechamos la hora de la cena para ponernos una película romántica que llevábamos tiempo queriendo ver. Cuando termina, recogemos todos los platos y cubiertos, los lavamos rápidamente y nos subimos a la habitación para dormir, pues mañana ambas madrugamos para trabajar.

—No te he preguntado —dice llamando mi atención—. ¿Ya tienes fecha para la firma?

—Aún no es oficial ni se ha publicado, pero en menos de dos meses será la primera. Hemos dado un margen de un par de semanas desde la salida del libro para ver las ventas y las primeras impresiones y que la gente pueda conseguirlo antes de la firma, aunque allí habrá también ejemplares. Pero prefiero que lean antes de ir, así recibiré algún que otro *feedback* en persona, y eso es muy bonito.

—Va a ser una pasada. Estoy segura. Cuando sepas el día, me avisas y me lo pido libre, no quiero faltar por nada del mundo.

—En cuanto lo sepa te lo diré, amor.

Cuando terminamos nuestra rutina de baño, nos metemos en la cama y nos abrazamos. Poco a poco, la tranquilidad nos invade y nuestros cuerpos se relajan sumiéndonos en un profundo sueño.

Y, a medida que me quedo dormida, y como noche tras noche, no dejo de agradecerle a la vida que haya cruzado a Helena en mi vida y nos haya dado la oportunidad de empezar esta aventura en pareja.

Capítulo 26

Varias semanas después

Helena

Quedan poco menos de cuatro horas para la firma del libro de Bárbara. En las últimas dos semanas, no ha dejado de aparecer ni un solo día a través de las redes sociales. ¡Y no es para menos! Su publicación ha sido un auténtico bombazo y ha vendido una cantidad de ejemplares que ni siquiera su equipo esperaba. De hecho, están a punto de sacar la segunda edición, todo un récord personal para Becky Loz.

Sin embargo, antes de ir, hemos decidido pasar por nuestra casa. Gracias a mi padre, la obra de la cocina está a punto de finalizar. Ha estado pendiente cada día y, por suerte, estará terminada en pocos días. Mientras tanto, hemos empezado a hacer la mudanza. Y, expresamente hoy, hemos venido a vaciar algunas cajas que ya no necesitamos en nuestro día a día, pues en menos de dos semanas ya estaremos viviendo aquí y queremos dejarlo todo listo.

Cojo un par de vasos de agua para calmar nuestra sed a medida que colocamos todos los libros en la estantería del salón, así como las carpetas de nuestros respectivos documentos. Bárbara está bastante nerviosa por la firma, y no me extraña, muchísima gente ha confirmado asistencia al local dónde han montado el evento. Aunque esos nervios se notan a la legua, si sigue dando vueltas en el mismo sitio, terminará dejando una señal en el suelo.

Al tenderle su bebida, me mira y sonríe. La bebe del tirón y deja el vaso en la mesa más cercana. Esa que utilizaremos para las visitas y reuniones familiares.

—¿Tenías sed? —cuestiono irónica al ver lo evidente.

—Estoy seca, amor.

—Ya veo, ya… ¿Nerviosa?

—Uf, un montón —la miro intencionadamente, en silencio—. Estoy cagada… Mucha gente me ha escrito por redes sociales, han compartido la novela, fotos…

—Es normal amor, eres una escritora de éxito. Y tu último libro ha vendido mucho. ¡Claro que habrá gente!

—¿Y si me bloqueo?

—Bueno, si ves que tus nervios van a más y necesitas parar, pues lo haces y ya está. Tomaremos descansos de varios minutos y nos quedaremos a solas si lo pides. Y yo estaré ahí contigo, abrazándote, calmándote y mimándote para hacerte sentir mejor.

—¿De verdad?

—Por supuesto, amor. Tu salud es lo primero —digo al mismo tiempo que avanzo hacia ella y cojo sus manos—. Si necesitas parar diez minutos, pues paras, ¿de acuerdo? Además, hay normas propuestas por tu equipo para el público, te van a cuidar mucho, ya lo verás.

Sin decir una palabra, me abraza y me aprieta muy fuerte contra su cuerpo durante un buen rato, y yo hago lo mismo para terminar de liberar toda la tensión que la recorre. Estoy segura de que todo irá bastante bien.

**

Observo boquiabierta la cantidad de cola que hay esperando para que Becky Loz firme su ejemplar. De hecho, han puesto varios cuerpos de seguridad para evitar cualquier altercado. Cada

firma que Bárbara realiza, provoca en mí un enorme sentimiento de orgullo. Incluso, cuando ya llevamos un buen rato viéndola con sus fans, no puedo evitar dejar escapar alguna lágrima. Está muy feliz, y sus nervios disminuyen lentamente a medida que toda la gente se acerca y habla con ella.

—Está siendo un rotundo éxito —comenta su editor cuando vuelve de comentar algo con parte del equipo—. Todos los ejemplares que hemos traído se han vendido y sigue llegando gente a la cola según me informan.

—Madre mía, es más de lo que ninguno esperábamos.

—Bárbara tiene mucho talento. Cada libro ha sido especial, y con este último no ha hecho más que demostrarlo. Pero sí es cierto que al ser una imagen pública y poder firmar y hablar con sus fans, todo es más evidente y llamativo. Desde que su cara salió a la luz, sus ventas han aumentado, tiene muchos más seguidores… Ha sido toda una victoria.

—No puedo estar más orgullosa de ella. ¡Mírala! Está superando sus propios miedos estando ahí, ha dado el paso y no se ha rendido ni se ha echado atrás.

—Y todo gracias a ti —me sorprendo al escucharlo.

—¿A mí?

—Sí, Helena, eres un apoyo fundamental en su vida. Tienes ese pequeño poder para tranquilizarla, haces que sus miedos desaparezcan en la mayor parte. Eres su pareja, su amiga, su confidente. Créeme cuando te digo que, desde que conozco a Bárbara, nunca la he visto tan feliz, motivada y entusiasmada con su trabajo. Y es gracias a ti. Su éxito es también tu éxito. Sois un equipo.

Las lágrimas de agradecimiento se han desbordado a medida que Javier ha hablado. Me abraza y sonríe durante los siguientes minutos de la firma. Ambos disfrutamos mucho viendo como Bárbara sonríe, habla e interacciona de varios modos con la gente que llega.

No obstante, la feliz mirada del editor desaparece por un momento. Mira un punto fijo de toda esa cola de gente. Yo observo en la misma dirección, pero no entiendo nada, todo es aparentemente normal. Sin embargo, sé que no es así, porque él sigue bastante serio.

¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Por qué no dice nada? Y lo más importante, si ocurre algo, ¿por qué no actúa?

Capítulo 27

Bárbara

Me impresiono a mí misma de lo bien que estoy manteniendo el tipo durante toda la firma. A medida que llega la gente, veo sus miradas, sus caras de ilusión y sus sonrisas, y todo ese miedo se esfuma. Cada firma es personal, cada una de ellas dice algo precioso del libro, de la trama o de alguna de las protagonistas. He de admitir que a veces he soltado alguna lágrima al escucharlos, no estoy acostumbrada a recibir tantos halagos y hacen que mis emociones estén a flor de piel.

En un momento, mi editor se coloca a mi lado y se agacha.

—¿No te apetece un descanso? Hay mucha gente y quizás te venga bien.

Noto su voz nerviosa, más que de costumbre. Tanto que, al terminar de firmar y dar el libro a la persona en cuestión, me giro y le miro interrogante.

—¿Ocurre algo?

—Eh, no, no, es solo que creo que te vendría bien un *break.*

—Estoy bien, de verdad, no tienes de qué preocuparte. Toda esta gente es súper maja, dicen cosas maravillosas de mi libro, y quiero poder firmar a todos los posibles.

Vuelvo a mi trabajo y sigo firmando, pero Javier no se mueve de mi lado, algo extraño. Lo miro de vez en cuando, noto como su pierna derecha tiembla cada vez más. Devuelvo un nuevo libro a su dueña y lo miro antes de seguir; mientras dejan pasar a la siguiente de la fila, veo cómo él se queda quieto, sin mirarme, muy recto.

—¿Se puede saber qué te pasa? —cuestiono algo preocupada, no es normal verlo así.

Oigo el sonido que hace el libro al caer sobre la mesa y me giro para firmar. Sin embargo, no soy capaz de coger el ejemplar. Ni siquiera me muevo. Ahora entiendo la tensión que refleja este hombre en su cuerpo.

—Hola, Becky…

Su voz, ese tono que provoca que todo mi interior empiece a llenarse de rabia. Una mirada directa y una sonrisa más bien malvada que produce malestar en mí. Ahora, entiendo la petición del descanso. Debí haberle hecho caso.

Me levanto, apoyo las manos en la mesa y me encaro con la mujer que tengo delante.

—¿Qué haces aquí?

—¿Es que no puedo alegrarme de que mi ex novia tenga tanto éxito? Sabes que soy muy fan de tus libros y…

—Mira, Victoria —la corto antes de que siga hablando, solo quiere provocarme—. Te marchaste de mi vida, fue tu elección, nadie te ha pedido que estés aquí. Lo único que voy a pedirte es que te largues y me dejes hacer mi trabajo. Bastante daño me hiciste en su momento. ¿O es que vienes a aclararme por qué me abandonaste sin dejar una mísera nota?

—Era lo mejor, Bar… yo…

—¡Tú nada! —grito, llamando la atención de todos los que están cerca—. Lo mejor era hablar. Si dejaste de quererme, solamente tenías que decirlo y cada una por su lado. Pero no, decidiste que era mejor desaparecer y romperme el corazón. A lo hecho, pecho.

—Bar, por favor…

—Lárgate, Victoria, lárgate y no vuelvas a cruzarte en mi camino. No quiero montar un espectáculo.

Miro a las personas que se encargan de mi seguridad y con un gesto de cabeza, se acercan y se la llevan sin dejar que diga una palabra más. Ahora sí, sin decir nada, me giro y me marcho para estar sola. Estoy bastante atacada en este momento y no quiero hablar o hacer algo que pueda llegar a perjudicarme en este momento.

Estoy varios minutos sola en un pasillo de todo el local. Lloro desconsolada y únicamente me muevo al oír unos pasos que se acercan lentamente. Es Helena, me observa triste. Con una simple mirada, sabe lo que necesito. Elimina toda la distancia que hay entre nosotras y me abraza para terminar de consolarme. Me desahogo en sus brazos y, cuando estoy más calmada, habla:

—Me ha contado Javier quién es esa mujer y un poco por encima lo que pasó.

—Siento que hayas tenido que ver esto, de verdad… Es la última persona que me esperaba encontrar, y no sabía cómo reaccionar.

—Ha sido normal, amor, no tienes que disculparte. Yo en tu lugar quizás me hubiera abalanzado y le hubiese arrancado esos pelos —bromea haciéndome reír.

—Tendría que haber hecho eso, sí, me hubiese quedado más a gusto que con un simple grito —digo sin dejar de reír.

Me acuna en sus brazos durante unos minutos más hasta que me calmo por completo. Me giro, la miro y la beso.

—Gracias, por estar, por calmarme, por sacar la mejor versión de mí en todos los aspectos.

—Gracias a ti por dejar que te acompañe, por permitirme estar a tu lado.

—Te quiero, Helena Santos, te quiero muchísimo —sonríe al escucharme

—Y yo a ti, Bárbara, y yo a ti, mi vida —responde abrazándome de nuevo.

Un nuevo silencio nos acompaña, sin embargo, dura bastante poco. El deber me llama, y debo continuar con las firmas. Mi editor y parte de mi equipo se acerca para darme ánimos, me cuentan que hay mucha gente deseando y esperando mis firmas y que, además, podré dedicarles unas palabras al final, así como charlar con ellos unos minutos.

Esta información provoca que todas mis ganas por firmar vuelvan y cualquier mal que hubiera en mi interior terminase de desaparecer.

Cuando vuelvo, la gente aplaude y sonríe, algo que me hace sonrojar brevemente mientras me siento de nuevo. Y en pocos segundos, con un pequeño movimiento de cabeza, las firmas vuelven al mismo ritmo de antes.

**

Tres horas más tarde, me abrazo a Helena y Javier, orgullosa por lo que acaba de pasar. Han pasado varios cientos de personas por mis manos. La firma y la venta de libros ha sido todo un éxito y no nos queda más que celebrarlo.

Haber podido charlar con algunas personas del libro me ha confirmado que es uno de los mejores, por no decir el mejor, que he escrito hasta el momento. De hecho, les gustaría una continuación de ambos personajes, algo que no me había planteado. Cuando nos quedamos a solas, Javier me lo recuerda.

—Eso de la continuación… no suena nada mal —dice contento.

—¿Tú crees? No lo tenía en mente.

—Cierto… Pero prácticamente el final de la historia es el principio de la relación de las protagonistas. Queda mucho por contar de ellas si te lo planteas.

Miro a Helena y asiente con una sonrisa.

—Le daré una vuelta, quizás pueda escribir esa segunda parte.

—Pero no hace falta que te agobies. Si no sale, no pasa nada. El libro es maravilloso tal cual —añade orgulloso.

—Lo sé, lo sé…

—Visto el éxito, podemos programar un par de firmas por la zona de Madrid y Valencia. Tienes mucho público por todo el país, pero iremos poco a poco.

—Me parece bien. Ponte con ello.

—Estupendo. ¿Nos acompañarás Helena?

—Dependerá de la fecha y de si tengo libre en el trabajo. Pero lo intentaré, siempre que pueda estaré con vosotros.

Unos minutos más tarde, un taxi nos lleva de camino a casa. No puedo evitar suspirar cuando poco a poco recorre la ciudad.

—¿Estás bien? —me pregunta mi chica, cogiendo mi mano.

—Estoy mejor que nunca, amor —me acerco y la beso—. Lo de hoy ha sido un chute de energía brutal, nunca me imaginé algo parecido. Y me encanta. Estoy feliz de saber que ha gustado tanto, que se han sentido tan identificadas y de que tienen ganas de leer mucho más de mí.

—Ya te dije que sería brutal mi amor. Yo estoy muy orgullosa y contenta por ti. Eres una gran escritora, y, ahora, con esta desvirtualización que has hecho, todo irá muchísimo mejor, estoy segura.

—A mí lo único que me importa en este momento es que tú estés a mi lado, para siempre a poder ser.

—De eso no tengas dudas, mi amor. Siempre de la mano.

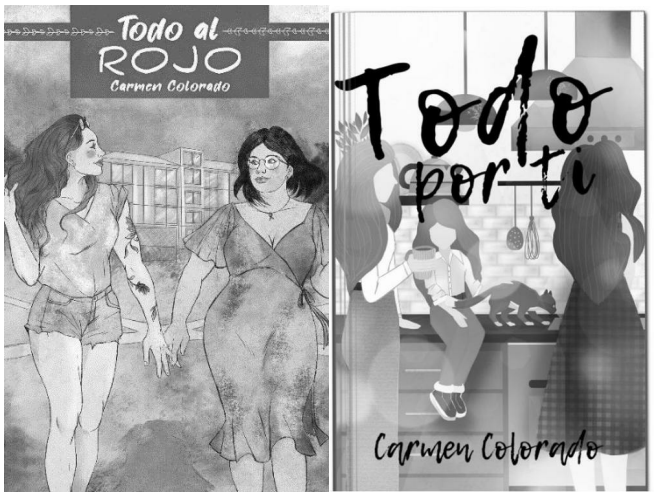
—Siempre de la mano.

Y es que nunca, jamás, volveremos a soltarnos. Ni en sueños.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Puedes encontrar todas mis novelas en mi página de Amazon.
Todas ellas están disponibles en e-book, formato físico y gratis con Kindle Unlimited.
Si te ha gustado este libro, estoy segura de que te gustarán los que te dejo a continuación.

Todo al rojo / Todo por ti



Parte 1: https://amzn.eu/d/3inkFvp

Parte 2: https://amzn.eu/d/ePu9MAL

Por y para siempre



https://amzn.eu/d/coZ9yan

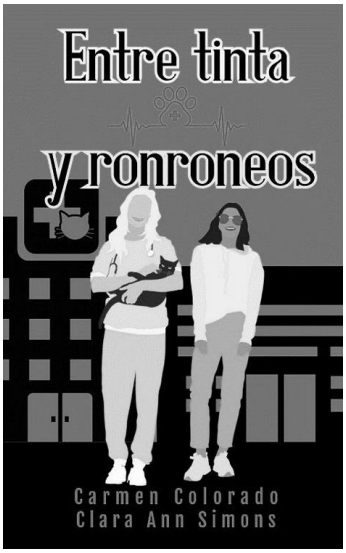
La vecina de enfrente



https://amzn.eu/d/6lH6aYd

Entre tinta y ronroneos/Entre tinta, ronroneos y chupetes

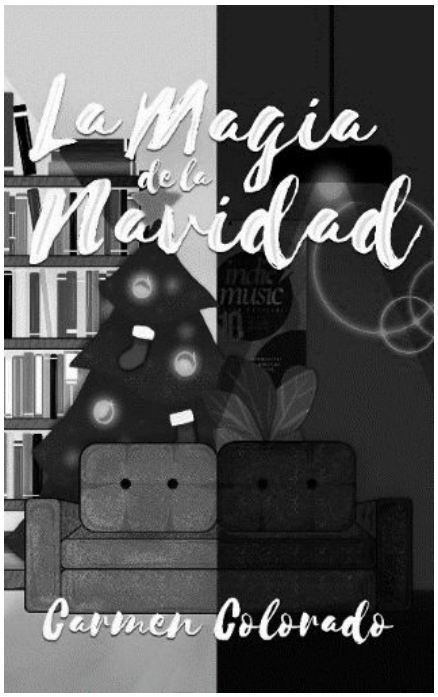




Parte 1: https://amzn.eu/d/bjhsJ3l

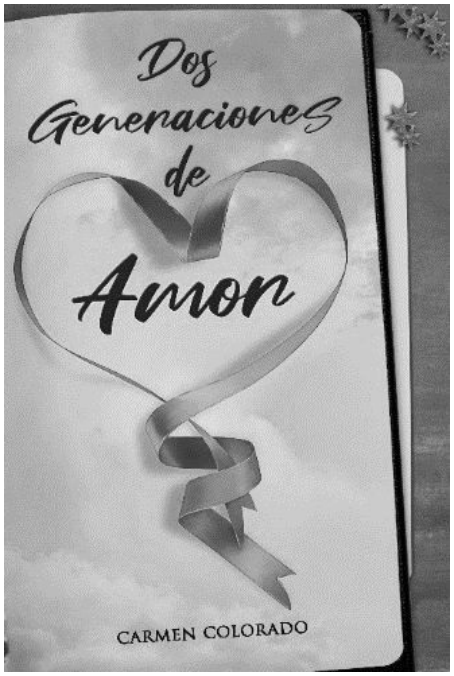
Parte 2: https://amzn.eu/d/4UaC1n3

La magia de la Navidad



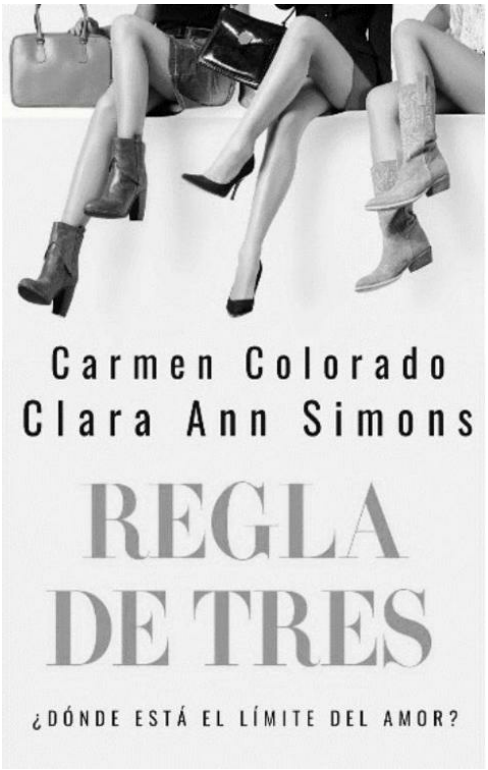
https://amzn.eu/d/h9HLLJ7

Dos generaciones de Amor



https://amzn.eu/d/9gFQypw

Regla de tres



https://amzn.eu/d/1OlbWW1